

FEBRERO 2017, NRO. 13
AÑO III



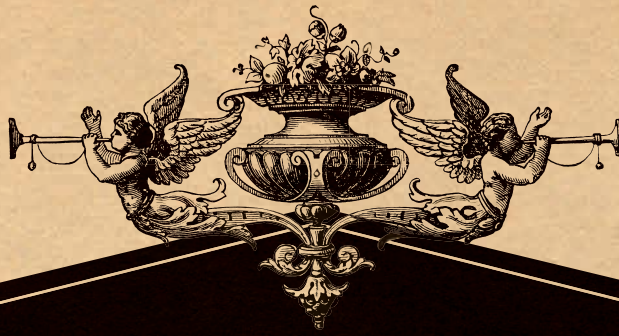
RELATOS INCREÍBLES

Revista Digital de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror

SANCHO * BARROSO * CEVASCO * NADIE * GÓMEZ * LOUREYRO * MIRANDA



Lazarus y otros relatos



Créditos



© 2017 Asociación por la Cultura y Educación Digital (ACUEDI)

© 2017 Antonio Sancho, José Carlos Barroso, Juan Nadie, Julio Cevalco, Javier Gómez, Aldana Loureyro y Néstor Miranda

Director: **Héctor Huerto Vizcarra**

Subdirector: **Hans Rothgiesser**

Comité Editorial: **Daniel Salvo, Sergio Mars, Víctor Conde, Otilia Navarrete, Christian Campos Alvarado, Miguel Huertas, Tanya Tynjälä, Paola Arana y Daniel Arteaga**

Jefe de Ilustraciones: **Gerardo Espinoza**

Diseño de portada: **Eduardo Romero**

Diagramación: **Héctor Huerto Vizcarra**

Corrección de estilo: **Antonio Castro**

Revista: **Relatos Increíbles**

Nº 13: **Febrero del 2017**

ISSN: **2413-9017**

Distribución gratuita

Este es un proyecto de: **ACUEDI**

www.acuedi.org

www.relatosincreibles.com

Email: **relatos@acuedi.org**

facebook.com/relatosincreibles

Twitter: **[@RelatosInc](https://twitter.com/RelatosInc)**



Autores



Antonio Sancho
(Sevilla, 1992). Graduado en Estudios Ingleses, con máster en Teoría de la Literatura. Publicó el poemario «Tierras Extrañas» (2014). Colaboró en la antología de relatos «Visiones 2015» y las revistas «Cosmocápsula», «¡Por Crom!», «Sable» y «Nueva Grecia».



José Carlos Barroso
Es profesor de piano en el CPM «Manuel Carra» y autor de prolífica experiencia. Ha publicado en «Galicia Meiga» en Buenos Aires y «LHF» en Miami. Actualmente está realizando el borrador de su nueva novela «De Civitate Lunae».



Juan Nadie
(Los Pedroches, 1969). Aprendiz de brujo con flamante bi doctorado, en la actualidad traductor y redactor científico a tiempo parcial, y desde 2014 autor indi autopublicado y autoeditado con varias novelas y un puñado de relatos en su haber.



Julio Cevasco
(Lima, 1985). Traductor e intérprete colegiado con conocimientos de alemán, español e inglés. Actualmente estudia Ciencias de la Comunicación en la Universidad de Münster, Alemania.



Javier Gómez
(Bogotá 1993). Profesor en formación de la licenciatura en humanidades y lengua castellana de la universidad distrital. Interesado y estudioso de la literatura de terror. Hizo parte del programa de escrituras creativas de IDARTES (Instituto Distrital de las Artes).



Aldana Loureyro
(Buenos Aires, 1998). Estudiante, se encuentra cursando el último año del secundario con orientación a ciencias sociales en el Instituto Agustiniiano. Participó en Olimpadas Argentinas de Biología y actualmente participa en el Parlamento juvenil del Mercosur.

Autores



Néstor Miranda

(Los Mochis, 1990). Licenciado en Relaciones Comerciales Internacionales, en 2016 fue seleccionado como becario para el Festival Cultural Interfaz, los Signos de Rotación, y publicó la antología Dioses y Colibrís.



Eduardo Romero

(Lima, 1975). Estudió arquitectura, cursos de programación y software de modelado digital. Ganó el Concurso de historietas de Calandria en 1999. Actualmente trabaja en una novela gráfica.



Jimena Aparicio

(México, 1993). Diseñadora e ilustradora egresada de la UNAM. Actualmente labora en una agencia de social media cuidando los detalles de diseño y publicaciones. Además de llevar *branding* e ilustración de forma *freelance*. Ver p. 11



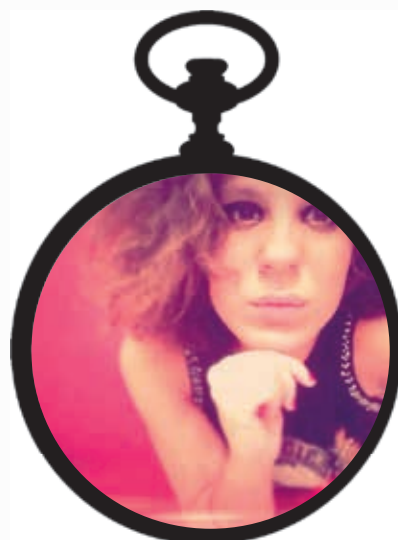
Valeria Pajares

(Lima, 2001). Desde pequeña me ha atraído el arte, siento que es una forma única y diferente de expresarme. También me gusta tocar instrumentos musicales, como la flauta y la guitarra, y adoro leer. Ver p. 38



Nahuel Vizcarra

(Rosario, 2000). Futuro estudiante de Arquitectura. Desde mi niñez estuve muy ligado siempre al dibujo, ya que me gustó la libertad que te brinda un lápiz y un papel. No soy muy expresivo, por eso me gusta el dibujo, es más rápido y más verdadero. Ver. pp. 28-29



Andrea Donosti

(Logroño, 1992). Graduada en Derecho por la UNED y actualmente estudiante de Psicología. Ilustradora *freelance*. Trabajó en el poemario «Sobre las Nubes» en 2015 y hoy está sumergida en otros proyectos, entre ellos un par de libros más. Ver p. 25

Autores



Adrián Rivera

(México, D.F., 1983). Maestro en Ciencias y Artes para el Diseño. Se desempeña como comunicólogo en un instituto de investigación. Escritor e ilustrador en la revista de ciencia ficción, terror y fantasía «Relatos Increíbles». Ver p. 42



Pedro Castro

(Lima, 1991). Actual estudiante de ingeniería mecánica de la PUCP. Escritor e historietista amateur. En 2015 participó y obtuvo el segundo puesto en el concurso de historietas «Comics For The Classroom». Ver p. 50 y 53



Índice



Editorial.....	07
Alma.....	09
Súcubo.....	12
Mariposas de cristal.....	23
Sentencia.....	36
Came en mi boca.....	40
Sin nombre.....	45
Lazarus.....	47
Muro de honor.....	57



Editorial



Hemos empezado una nueva convocatoria para recibir cuentos para la revista y hasta el momento hemos recibido poco más de cuarenta textos. Nos quedan aun unas cuantas semanas para seguir recibiendo relatos de todos ustedes, así que los invito a todos a que se animen a participar. Para esta nueva convocatoria hemos incorporado a dos fabulosos escritores españoles a nuestro comité editorial, como son Sergio Mars y Víctor Conde, ambos de gran trayectoria literaria. Con ello queremos asegurar la calidad de los cuentos que publiquemos en el futuro próximo.

De hecho, les he pedido a todos los miembros del comité editorial que en esta ocasión sean más severos con sus calificaciones. Espero que esto no los desanime sino que mas bien los motive a escribir de la mejor manera posible. Como si uno se jugara la vida en ello.

Además, debo señalar que la presente convocatoria amenaza con ser la más internacional de todas. Hemos recibido cuentos desde Costa Rica, República Dominicana, España, México, Argentina, Uruguay, Chile, Colombia y, por supuesto, Perú. Espero que esto sea un indicador positivo del enorme alcance que tiene la revista, que, al parecer, se está leyendo por todo el mundo hispanoparlante. Por ello, quiero agradecer a todos nuestros lectores, que estoy seguro que nos ayudan a difundirla.

En este número tenemos siete fabulosos cuentos. Para empezar tenemos el sublime cuento de **Javier Gómez** que nos remonta a una nueva tradición sobre la muerte, esta vez con forma de gato. Le sigue el relato de **José Carlos Barroso** sobre una expedición al África que termina enfrentando a un ser de leyenda. ¿Podrán sobrevivir a ese encuentro? A continuación tenemos una odisea de ciencia ficción de la mano de **Juan Nadie**, en donde dos jóvenes varados en medio del universo tendrán un caótico final. **Aldana Loureyro**, en cambio, nos presenta una historia un tanto macabra, en donde el karma parece jugarle una mala pasada a la protagonista. Le sigue luego el relato de **Julio Cevalco** en donde continuamos con la saga de Oscuro. En esta ocasión conoceremos un poco más al líder de los Peces sangrientos. También tendremos el relato fantasmagórico de **Néstor Miranda**, que los sorprenderá de inicio a fin. Finalmente, tenemos el cuento de *steampunk* de **Antonio Sancho** en donde un hombre mecánico, en plena guerra carlista española, tratará de buscar el sentido de su propia vida, incluso, después de su propia muerte.

Carpe diem.

Héctor Huerto Vizcarra
Director





CONVOCATORIA

SE RECIBEN CUENTOS PARA LA REVISTA:



COMITÉ EDITORIAL

HÉCTOR HUERTO - DANIEL SALVO - DANIEL ARTEAGA
OTILIA NAVARRETE - CHRISTIAN CAMPOS - SERGIO MARS
TANYA TYNJÄLÄ - VÍCTOR CONDE - MIGUEL HUERTAS
PAOLA ARANA - HANS ROTHGIESSER - ANTONIO CASTRO
GERARDO ESPINOZA

FECHA LÍMITE DE ENVÍO:
VIERNES 3 DE ABRIL
2017

ENVÍO DE CUENTOS A:
RELATOS@ACUEDI.ORG

PARA CONSULTAR LAS BASES:
WWW.RELATOSINCREIBLES.COM

Alma

Por: Javier Gómez





Alma se llama el gato que viene de noche a llevarse las almas en este pueblo. Es blanco como una nube y tiene una cola suave y esponjada. Ya estaba aquí cuando me pasé al pueblo. Lo vi salir una noche por la ventana de un vecino una madrugada que me asomé a la puerta a fumar un cigarrillo. Maulló y se fue camino abajo.

Al día siguiente, mi vecino amaneció muerto con pelos de gato blanco prendidos en la camisa porque Alma durmió encima de él.

La gente teme a los gatos blancos, por eso nadie es dueño de uno, pero es que la gente teme a la muerte y por más que se crea que vamos a estar en la buena de Dios padre, nadie quiere saber el día en que va a ser llamado; es como si no creyeran en esto de la eternidad. Pasa que, de vez en cuando, por algún motivo, llega un gato blanco de alguna finca cercana. Entonces dicen «ya llegó Alma» y comienzan a guardar a los niños, a trancar las puertas, a encerrar a los enfermos. Sin embargo, siempre que viene Alma alguien aparece muerto.

Alma pasa cruza la carretera caminando agachado como si le pesara el tiempo. Dicen que a menudo mira a alguien y si hace contacto con sus ojos no vuelve a ser el mismo, porque en sus ojitos dilatados se ve la eternidad. Los perros se apartan, le ladran desde lejos y, alegres, baten la cola a su llegada. Debe ser porque también se encarga del alma de los perros. Una vez llegó con el crepúsculo. Atónitos todos porque nadie lo vio llegar, solo nos quedamos siguiéndolo con la mirada. Se dirigió hacia una perrita anciana, que pasó durmiendo toda la tarde a la sombra de un árbol. La perrita levantó las orejas, mirándolo fijamente a los ojos. Alma se hizo bolita al lado suyo, la perrita lo lamió y Alma frotó la cabeza contra su cuello. Ronroneó toda la noche. Los habitantes no pegamos el ojo esperando a que Alma entrara en alguna casa. A las cuatro de la mañana se fue. La perrita había muerto.

A los niños se les dice que se porten bien porque, de lo contrario, Alma se los lleva, pero es cierto que tiene un gusto especial por los niños. Un día, al atardecer, mientras doña Marina estaba trabajando en la tienda, Camilito se dejó sacar con los jugueteos de Alma. Se escondía y salía corriendo, se tendía en el suelo y jugaba con sus cordones sueltos. Camilito lo siguió de juego en juego hasta el monte. Nadie lo pudo encontrar.

A los borrachos se los entrega a la pata sola o a la madre monte. Entonces les sale Alma al lado del camino, dicen que da un ronroneo que despierta a los espantos y pone las vacas a bramar. Luego se va a la finca del difunto, haciendo destemplar los dientes por el espanto que causa su maullido, para que los familiares vayan a recoger los huesos que han dejado los espantos.

Pero en sí Alma es tierno; sé que lo llamaron Alma porque es parsimonioso, porque cuando llega parece una almita de Dios. Fueron los abuelos que se resignan a su muerte. Le dicen a uno: «Por ahí viene Almita despacio. Ya se le escucha ronronear», porque cuando se llega a viejo en este pueblo se puede escuchar el ronroneo desde lejos, pues los viejos escuchan lo de este mundo y lo del más allá, y a veces se les mezcla en la cotidianidad. Uno ve de un momento a otro a los viejos sacando sillas y sentándose en la entrada de la casa cuando Alma se acerca.

Ahora está conmigo. Llegó en ese momento en que la tarde muere y entra en un azul fantasmal. Se paró bajo el lindel de la puerta, me miró a los ojos. Entonces me comenzó a doler mi corazón enfermo, pero Alma se puso en mis piernas y con su ronroneo anestesió el dolor. En este momento la vida se me va despacito, como si ese sonido se la llevara con suavidad, como si el ronroneo la absorbiera. Ya me habían dicho que con mi corazón no había más que hacer, desde ese entonces espero a Alma. Él ha cumplido. Siento que mi vida se conectó con la frecuencia que hace su ronronear y él se la va llevando como un barquito a la deriva del mar.



LIMA SHOW

FOTO & VIDEO DE BODAS
HORA LOCA TEMÁTICA
DRONES BATUCADA
ROBOT LED

9869 - 89144
9916 - 02114

DISFRUTA TU EVENTO
NOSOTROS LO HACEMOS POR TI

 /LIMASHOWBTL

SPK/NEUSUD

Súcubo

Por: José Carlos Barroso





Cinta número uno. Cara A. Primera grabación

Hoy es 1 de mayo de 1978. A ver... Eh... Querido profesor Cimarosa: he decidido que este es el mejor modo de darle a conocer los datos de mi tesis. Confío en que las cintas de casete puedan llegar a Londres sin problema y de allí a la universidad de C. en la que usted imparte clases.

Lucius y yo desembarcamos en el aeropuerto de G. ayer por la tarde. La ciudad de Johannesburgo es grande y muy conflictiva, como bien sabe usted. Desde que aterrizamos hemos tenido algunas dificultades para encontrar alojamiento. Afortunadamente para Lucius y para mí, ninguno de los dos tiene los rasgos físicos de la gente del lugar; de lo contrario, habríamos tenido que refugiarnos en el gueto, y tal vez no sería ese nuestro mayor problema... Pero tenemos la suerte de ser hombres blancos. Eso facilitará nuestra tarea... supongo. Desde luego, aquí todos saben que somos ingleses.

No me detendré a explicarle en este momento cómo perdimos parte de nuestro dinero durante el viaje, ya que nada más llegar tuvimos que cambiar las pocas libras que nos quedaban por...

Con tal inconveniente, lo primero que hicimos fue dirigirnos a la embajada. Allí nos recomendaron unas cuantas direcciones de interés donde poder satisfacer nuestra necesidad de hospedaje. Por desgracia, era ya de noche cuando empezamos a buscar, y solo encontramos una pensión barata en el centro de la ciudad.

Durante el día de hoy nos hemos ido adaptando más o menos bien a nuestro entorno, pero necesitamos dinero sin tardanza, así que le ruego que se ponga en contacto con el depósito del proyecto para que ingrese fondos en nuestra cuenta del banco B. Le enviaré un telegrama para agilizar este trámite.

Salvo esta pequeña contingencia, todo se está desarrollando según habíamos previsto. Lucius incluso ha hecho nuevos amigos. Parece muy decidido a seguir adelante con nuestra misión. Confío en que en unos seis o siete días nos hayamos internado en la tribu de los khiabukhu. Lo que suceda a partir de entonces se lo contaré a través de estas cintas con todo lujo de detalles.

Cinta número uno. Cara A. Segunda grabación

Hoy, 10 de mayo, iniciamos nuestro viaje al corazón de la selva africana. Le agradezco, doctor, que nos enviara un poco de dinero tal y como le solicité. Hemos partido en un jeep acompañados por dos hombres de la región de S... Ellos aseguran que conocen bien el terreno y que podrán guiarnos sin ningún problema.

Nuestro objetivo prioritario es la región del nordeste de Zambia. Para ello, bordearemos el desierto del Kalahari en dirección al delta del Okavango, y desde allí seguiremos el curso del río Zambeze para desviarnos, finalmente, hacia el punto exacto de nuestro objetivo. Mañana mismo, a eso de las seis, calculo que estaremos en las proximidades del Okavango.

Por cierto, ¿a que no sabe usted cómo hemos reclutado a nuestros guías? La historia es por todo detalle insólita y merece que se la cuente.

Verá, mi querido profesor. Al segundo día de llegar a Johannesburgo aún no teníamos dinero suficiente. Lucius y yo no estamos familiarizados con el lugar y necesitábamos contactar con alguien que pudiera orientarnos en medio de la vasta llanura sudafricana. Fuimos a la embajada, y ni caso.

Fatigados por nuestros azares y dificultades, di por perdido el rastro de Lucius quien, como bien sabe, mi estimado profesor, tiene un carácter un tanto... Vamos a llamarlo «aventurero». De modo que me propuse buscarlo por la ciudad. Recorrí todas las calles atestadas del centro urbano, viajando, como un alma perdida, de bar en bar y de casino en casino seguro de que, por la afinidad de la trampa, reconocería a la presa olisqueando su ceпо. Pero



Relatos Increíbles agradece tu increíble apoyo

Para mantener este proyecto
puedes colaborar con nosotros,
comprando publicidad o con las
donaciones individuales.

Publicidad

Página completa..... 500 soles

Media página..... 300 soles

Banner..... 200 soles

Colaboración individual..... 50 soles

Nuestra cuenta es
BBVA Continental cuenta soles:
0186-0100038954-42

por más interés que puse en su busca y por más descripciones que di a los vecinos del lugar, no conseguí recabar indicio alguno sobre su paradero.

Desolado y bastante cansado, tenía que decidir entre dos opciones: o me dirigía a la policía local de Johannesburgo o me internaba con decisión en las calles más recónditas y violentas del gueto. Y elegí la segunda de ellas, seguro de que algo de la personalidad de Lucius orientaba mis pesquisas, como el olor persistente que impregna el rastro de un sabueso.

Las calles estrechas y malolientes de la suburbial barriada de K. se extendían, como la maraña interminable de una red arácnida, en torno a un único punto tan detestable como el perfume desconocido y desagradable que envuelve las manzanas podridas de los mugrientos paneles del Sojo. Era más de medianoche y supuse que lo encontraría sobre la taberna de M.

La taberna de M. era uno de los lugares más depravados del gueto. Aquel lugar satisfacía todas las necesidades de las almas desahuciadas que querían ocultarse en lo más profundo de su sordidez; el insolente parador nocturno era a un tiempo cantina, timba y burdel, y en él vagaban los transeúntes, vacilantes como las pavesas tintineantes sobre una inquieta lengua de fuego.

Casi lo presentía, era un hecho fácilmente esperable: ¿dónde si no iba a estar un ser tan predecible como mi amigo Lucius?

Media hora de inquietante espera y me decidí a entrar, pero algo me detuvo y corrí a ocultarme tras una de las hendiduras del muro. Dos tipos extraños, tan sañudos como violentos, llevaban consigo a un tercero que casi no se sostenía en pie. Aquel pobre borracho no hacía más que burlarse de su situación y de sus acompañantes, que lo conducían a la fuerza hacia de uno de los postigos salientes del muro. Bien parecía —aunque no sé si es correcto decir que tal cosa puede parecer bien— que le iban a propinar una dura paliza.

Supuse entonces que se trataba de algún ajuste por una deuda de juego impagada, y me sentí tan indeciso como impotente por no saber cómo actuar. Y aún más cuando pude verle la cara: como efecto de un rayo de luz fugitivo —tal vez procedente del faro de algún coche, de una lámpara o de un simple panel reflectante— se iluminó durante un breve segundo el rostro de la víctima que, inconsciente, se dirigía a su seguro holocausto.

No... Era Lucius, ¡sin duda era él!, y yo debía actuar pero, oh, profesor, pensará usted, y con razón, que soy un cobarde, un maldito cobarde, pues apenas podía mover una sola fibra de mi cuerpo, tal era mi temor. Y aún me sentí peor cuando vi que uno de aquellos criminales, tras propinar un par de duros golpes directos a la cara de su víctima, sacó del bolsillo de su chaqueta un arma blanca, una afilada navaja con la que se disponía a inmolarla definitivamente. Entonces apareció Saúl, no sé ni cómo ni de dónde, pero allí estaba, filtrándose como una salva de socorro a través del impenetrable manto de la noche.

El corpulento africano medía más de dos metros de altura. Al punto de mostrarse, interpeló a los violentos atacantes, que se detuvieron instintivamente con una mezcla de rabia y de ansiedad.

—Saúl, lárgate de aquí si no quieres tener problemas —dijo uno de ellos.

Luego el que portaba el arma blanca desvió momentáneamente la trayectoria de la navaja y extendió su brazo hacia el negro con intención de acuchillarlo. Saúl vigilaba los actos del mafioso con la rigidez y frialdad de una estatua de ébano... En un instante de tiempo, tan rápido como imperceptible, detuvo el ataque y lo desarmó derribándolo contra el suelo de un solo golpe. El otro canalla se asustó tanto al ver lo ocurrido que, sin mediar un solo instante, echó a correr como una gacela asustada. Saúl agarró a Lucius y lo levantó del contrahecho muro para echarlo sobre su hombro como un trapo viejo. Luego se encaminó hacia la hendidura en la que yo permanecía oculto.

—Ya puede usted salir de su escondite, amigo...

Yo miré al negro, y como sintiéndome acorralado y sin saber qué decir, repuse:

—¿Có-cómo me ha visto...?

—Eso no tiene importancia. Venga usted conmigo, este no es lugar seguro... Ah, y una cosa más... —El africano me miró a los ojos con un gesto de advertencia, tan firme como asolador—. No se metan en más problemas.

Cinta número uno. Cara B. Tercera grabación

Extrañas historias cuentan acerca de los khiabukhu. Y como bien sabe, mi querido profesor, hay nativos del lugar que afirman pactar con los demonios de la selva para obtener numerosos beneficios. Lucius no para de bromear; a veces siento que esta expedición es para mi compañero poco más que una divertida excursión expansiva.

Viajamos en el *jeep* cruzando unos extensos pastizales, muy agostados, próximos a un clima de sabana. A lo lejos, divisamos una manada de leopardos que parecen tranquilos; hay uno que destaca y nos mira, desafiante. Debe de ser el líder de la manada; es un macho, sin duda, un interesante ejemplar. Tikana, uno de nuestros guías y nativo de la región, sostiene que no debemos preocuparnos, que estos animales únicamente son peligrosos cuando sus hembras están en celo o tienen hambre. Y parece que están muy bien servidos. Bueno, por otro lado, nunca atacan a un coche en movimiento. Yo diría que nos tienen ellos más miedo a nosotros que al contrario.

En fin: es pleno mediodía y sobre la llanura luce un sol de justicia. El calor es verdaderamente sofocante. Debe de quedar poco para llegar a los márgenes del Okavango. Cuando estemos allí seguiré informándole a usted sobre cualquier cosa que acontezca. Confío en que muy pronto desvelaremos el extraño misterio que circula en torno a la tribu de los khiabukhu.

Cinta número uno. Cara B. Cuarta grabación

Son las ocho de la tarde del 16 de mayo. He decidido que no es necesario relatar todos los pormenores de nuestro itinerario hasta nuestra llegada al lugar en que nos encontramos ahora.

Después de recorrer la mayor parte del viaje en el *jeep*, hemos tenido que dejarlo como a una milla de distancia y hacer el resto del camino a pie. Calculo que estaremos a unas cuarenta millas al noreste de Namwala. Hace ya unas pocas horas que dejamos atrás las espléndidas aguas del Zambeze.

Intento otear el paisaje. Hacia el oeste, la luz del sol comienza a adquirir un tono rojizo mientras preludia el ocaso. Muy cerca de nosotros, en dirección a poniente, se extiende el inmenso lago K. cubierto por una interminable muralla de juncos. Los C. y los P. silencian lentamente su graznido típico.

Debemos apresurarnos y preparar unas tiendas antes de que se nos haga de noche. Interrumpo por ahora la grabación. Continuaré más tarde.

* * *

Bien. Hemos decidido pernoctar en este lugar. Es completamente de noche. Tenemos víveres para al menos... seis días. La mayor parte es leche en polvo, fiambres en conserva, galletas y algo de pescado. Es odioso tener que subsistir con estos medios; sin duda, la precipitación del viaje nos ha obligado a descuidar nuestras provisiones, pero al fin estamos asentados, eso es lo principal. Usaremos para iluminarnos las lámparas de propano.

Saúl, nuestro primer guía, está haciendo la guardia a petición mía. Según dice Saúl, no hay motivo para temer que nos ataquen. Aun así, mi temor por las fieras salvajes se ha vuelto más notable desde que cruzamos la sabana, de modo que he considerado conveniente esta precaución. A medida que vaya transcurriendo la noche nos iremos turnando. Eso es todo. Intentaré dormir.

* * *

Imposible dormir. Siento cómo la ansiedad me aprieta hasta la garganta. Saldré yo mismo a hacer la guardia y adelantaré mi turno.

—Jonas, Lucius, ¿aún no han apagado la lámpara? Apáguenla ahora mismo, pronto.

—Saúl, ¿qué sucede?

—Si quiere saberlo por sí mismo, amigo, será mejor que salga usted y lo vea con sus propios ojos.

En fin, me arriesgaré.

—Pero qué demonios hace con esa grabadora.

—Tengo que registrar todo lo que ocurra. Vamos, déjeme hacer.

—Está bien. Por mí no hay problema. Pero procure no elevar la voz o nos descubrirán.

—¿Quiénes? No se ve nada alrededor. Estamos cercados por una masa de juncos.

—Vamos, mire bien... Allí.

—¿En lo alto del cerro?

—Eso es.

—Sí, es verdad. Hay unas...

—Eso parece. Han encendido unas hogueras. Seguramente estarán realizando algún ritual de purificación. Es algo muy normal en esta época.

—Oh, es magnífico, muy interesante... ¿Cree usted que serán ellos?

—¿Los khiabukhu? No podría asegurárselo. Hay decenas de tribus pululando por toda la selva. Confiamos en que estos sean pacíficos.

—Tsss, guarde silencio; he oído algo.

—¿Dónde?

—¡Ashaka!, kuala lima, ashaka, kuala lima.

—Oh Dios, nos han oído.

—Atento, mire los juncos, se están moviendo.

—Ashaka, kuala gudú.

—¡Saúl, no suelte su fusil!

—Oh, vamos, señores, bajen ese fusil, no queremos hacerles ningún daño. Se lo ruego, retiren su arma.

—¿Habla usted inglés?

—Desde luego que hablo inglés, ¿cómo si no podríamos comunicarnos con los extranjeros? Vamos, vamos, no tienen nada de lo que preocuparse. Y este no es el mejor lugar para pasar la noche. Les ruego que recojan todo y que nos acompañen a nuestro poblado. Disculpe. ¡Ashaka, kuala guindí!

Creo que no tenemos otra opción que seguirles. Avisaré a Lucius y emprenderemos el camino. Seguiré informándole de cuanto ocurra en la siguiente grabación.

Cinta número uno. Cara B. Quinta grabación

Shambala es un hombre extraño. Su rostro emana cierto misterio que me resulta difícil de describir... Es como si se hubieran unido en una sola persona los vestigios ancestrales del más puro primitivismo, con un aire resolutivo y a la vez autoritario que me resulta un tanto repulsivo. Para qué negarlo: me siento incómodo, sí, muy incómodo, y empiezo a percibir cómo ese individuo semisalvaje, y a la vez tan astuto, me examina como si pretendiera de un solo vistazo extraer de mi alma lo más abyecto de mi privilegiada civilización inglesa. Destilar ese prurito de superioridad racial que exhibimos sin el más mínimo pudor los ingleses es, en su caso, la causa de un extraño gesto de conmiseración.

Así es, mi querido profesor: Shambala se siente en la obligación de respondernos con la misma superioridad de quien conoce los más ocultos y feroces resortes que mueven al hombre de la selva. La selva, de cuyo profundo misterio procedemos, sin duda alguna, todos nosotros.

El jefe de nuestros captores (vamos a llamarlos así, pues aún tengo serias dudas de que nos dejen marchar libremente) el jefe, decía es Shambala, el oscuro e impenitente Shambala. Ahora me encuentro en una situación difícil para un hombre de ciencia. Creo que todos nos hemos encontrado alguna vez en ella cuando invertimos tanto en la empresa de ampliar nuestro limitado conocimiento. Al observar a Shambala me pregunto: ¿debo seguir investigando ese gesto oscuro y amenazante en favor de mis colegas ingleses o retirarme y planear mi huida ahora que estoy a tiempo? Ah, sí; huir, debo huir. Es una locura seguir encerrado aquí, en esta húmeda y sofocante prisión, en esta impúdica arca de fieras hambrientas... Pero esa mirada... esa mirada... estoy seguro de que oculta algo importante.

Cinta número dos. Cara A. Sexta grabación

Hoy es 25 de mayo. Son exactamente las cinco en punto de la tarde, aquí en la selva africana. Naturalmente nuestro horario no coincide con el meridiano de Greenwich. Puedo deducir que ahora mismo serán en Londres las...

Empiezo a desechar el temor que antes sentía hacía nuestros anfitriones. Le hago notar, mi querido profesor, que he decidido cambiar el término «captos» por «anfitriones», pues advierto, a esta sazón, que no deben estar muy empeñados en nuestra cautividad. Aun así, Saúl me dispendia todo un arsenal de advertencias y me asegura que algo extraño le hace recelar de esta gente. Yo, en mi absoluta ingenuidad de buen inglés, considero que la ama-

bilidad con que nos han acogido es prueba suficiente de la buena voluntad de estos nativos, quienes, por otro lado, no escatiman en proveernos de todo cuanto hemos solicitado.

Cinta número dos. Cara A. Séptima grabación

Se acerca el verano y el calor de la selva africana comienza a generar en mi ánimo una extraña sensación de hartazgo. Por más insistente que he sido en mi investigación, no he conseguido desvelar ni un solo indicio acerca de la identidad de los nativos. He tomado abundantes notas (que enviaré junto con las grabaciones) acerca de sus diversos y ancestrales ritos, pero no he encontrado ni una sola señal que pueda aclarar dudas sobre su procedencia y filiación. Ni tan siquiera he podido averiguar si estamos en presencia de los malditos khiabukhu, ¡que el demonio y la selva se los traguen!

Yo diría que se comportan de un modo extraño. Nos ayudan en todo y nos hacen sentir como si habitásemos en un magnífico hotel con inmejorables vistas, pero a cambio parece que nos exigen que respetemos una condición insoslayable, y esa condición es el más absoluto y desconcertante secreto. En cuanto a Lucius... Es un maldito irresponsable, ahora estoy seguro. He cometido el mayor de los errores trayéndole conmigo.

Cinta número dos. Cara A. Octava grabación

Lucius ha desaparecido. Presentía que esto iba a suceder... y ya es la segunda vez que tengo que ir en su busca. Aunque ahora no sé ni por dónde empezar. Ya sé... Iré inmediatamente a la tienda de Shambala. Le pediré una explicación... Hablará, sí; ya lo creo que hablará: acabaré para siempre con su maldito mutismo.

Cinta número dos. Cara A. Novena grabación

¡Aparta, maldita bestia! ¡Lucius, amigo, te sacaré de ahí! No te preocupes, no permitiré que te pase nada malo. Pero... ¿por qué coño lo tienen encerrado en esa habitación? ¿Qué es lo que pretenden hacer con esa cesta? ¡Mierda!, han cubierto su cuerpo de serpientes. Tengo que rescatarlo. Ahora no me acobardaré, pero... ¡Atrás, salvaje! Te ordeno que sueltes mi brazo... ¡Ah!

Cinta número dos. Cara A. Décima grabación

Estoy casi a oscuras. Me encuentro en el interior de una de las tiendas de los K.; los designaré con esta letra a la espera de poder confirmar mi suposición de que son verdaderamente los khiabukhu. En cuanto a lo sucedido en el interior de aquel extraño chamizo, nada sé de Lucius y aún menos de cuanto pudo suceder después.

La cabeza me duele como si me estuvieran clavando dardos punzantes. Aquel mulato corpulento me sacudió con fuerza, y ya no recuerdo nada más. ¿Cómo explicaría todos estos extraños sucesos, mi querido profesor? La amabilidad de los K. y su constante determinación en facilitar por todos los medios nuestra investigación se cruza con ese silencio absoluto que tiñe de un barniz misterioso el origen incierto de los K., fijado en la estela muda y escrutadora de Shambala, quien parece aferrarse a la firme determinación por enfrentarse a mi insaciable curiosidad.

Luego, y esto es mucho más inexplicable, viene todo lo sucedido en el interior de la choza del jefe. ¿Por qué habrán tomado la determinación de impedirme socorrer a Lucius, hasta llegar al extremo de golpearme? Es extraño que hayan decidido traerme hasta aquí y devolverme la grabadora.

La cabeza me da vueltas. Espera, ¡un momento! Recuerdo algo, tal vez sea importante: mientras extendían las serpientes sobre el cuerpo inconsciente de Lucius, los nativos repetían insistentemente una extraña frase. No, era una palabra... Sí, eso es, una palabra, y creo que me resulta familiar. A ver... No logro asociarla con ninguna lengua africana, era algo así como sukh... sukhuo... No, ya lo tengo: «súcubo».

Cinta número dos. Cara B. Undécima grabación

Me encuentro algo mejor. Desde lo ocurrido ayer en la tienda de Shambala no me atrevo a entrevistarme ni con él ni con nadie de la tribu. Lucius ha aparecido en su tienda como si nada. Cuando le pregunto acerca de lo sucedido no sabe responderme, es... como si sufriera una terrible amnesia. Y lo peor es su mirada: fría, vacía, irreconocible. Si no fuera porque evidentemente lo identifico mediante sus rasgos físicos, dudaría, y con razón, de que siga siendo él. Lo dejé cabizbajo y retraído al abrigo de su solitario albergue, sin obtener una sola palabra de él, y acto seguido fui a buscar a Saúl. Apenas me vio llegar, me agarró con un gesto nervioso y me condujo bajo la lona de su choza.

—Aquí están sucediendo cosas muy extrañas, amigo —me dijo con su habitual tono de desconfianza. Y yo sabía que, cuando Saúl se expresaba así, no lo hacía por capricho.

—¿Cómo explicarías entonces todo este maldito embrollo?

Relaté con todo detalle a Saúl lo que había sucedido en el interior de la tienda de Shambala pero, cuando me disponía a seguir, me interrumpió.

—Aguarde. Su amigo Lucius se extravió borracho en los pantanos a eso de la media noche. Nadie podrá asegurarle a dónde le condujo ese mal trago de whisky escocés pero, cuando estaba de vuelta, venía gritando que le había mordido una serpiente.

—¿Una serpiente? —Saúl se echó a reír sigilosamente mientras intentaba guardar cautela.

—Eso decía él, una maldita víbora de los pantanos. Y a los muy necios no se les ocurre nada mejor que arrojarle al pobre muchacho otra media docena de ellas para que terminen de curtirle bien la piel.

»Por supuesto, yo intenté ayudar a su amigo pero, cuando quise aproximarme a él, cuatro hombres de Shambala se me echaron encima como una cuadrilla de tigres furiosos. Mire. —Saúl me enseñó los brazos—. Esos cabrones me ataron con tanta fuerza que hasta me han dejado marcas. Me acaban de liberar.

—¿Y Tikana? —Saúl volvió a reír y dijo:

—Eché a correr como una hiena asustada. Ya lo ve, amigo, yo soy su hombre: el único en quien puede confiar. Y ahora le diré lo que voy a hacer: saldré ahora mismo y robaré uno de los *jeeps*. Es la hora de comer y han bajado la guardia. Iré al puesto de policía más cercano a pedir ayuda. Confío en que no tardaré más de cinco horas.

—Es extraño —repuse yo—. Lucius no tenía restos de mordeduras ni heridas en su piel. ¿Cómo explicarías eso?

—Ni siquiera entiendo cómo sigue vivo. Aquí están ocurriendo cosas muy extrañas y no pienso quedarme parado hasta ver el final de la película. Bueno, me marchó. Volveré antes de que anochezca. Sea valiente y no se mueva de su tienda.

Saúl salió corriendo como un rayo y pronto le perdí el rastro. Oteando el horizonte, al calor del sol del mediodía, comencé a sentir un extraño desasosiego. Tuve la sensación, por vez primera, de que me hallaba completamente solo en medio de una caterva de lunáticos supersticiosos.

Cinta número dos. Cara B. Duodécima grabación

He hablado finalmente con Shambala y casi desearía no haberlo hecho. Su explicación de los hechos ha confirmado, con toda certeza, mi sospecha de encontrarme entre fanáticos de ultratumba. Según Shambala han actuado del mejor modo posible. Al parecer, nuestro adusto y delirante interlocutor sostiene que mi amigo Lucius fue mordido por una especie de demonio de la selva, una extraña criatura que, según su tradición, adopta diversas formas y regresa cada cierto tiempo a la tierra de sus ancestros en busca de víctimas mortales a las que poseer. Para mayor distracción de los humanos, puede camuflarse bajo la imagen tanto de una persona como de cualquier otro ser de los que habitan en medio de los pantanos, principalmente bajo la forma de un extraño espécimen de serpiente africana. Esta fue, según la versión de Shambala, la que debió de herir a Lucius antes de que regresara al campamento pasada la medianoche.

Cómo pudo establecer tan disparatado diagnóstico y, aún más inexplicable, cómo pudo confirmar que fue tal criatura y no otra la que sorprendió a Lucius en medio de su tortuoso y vacilante itinerario, son preguntas que Shambala no responde, puesto que atribuye la certeza de sus suposiciones a las observaciones del brujo de la tribu, sometido a trance y bajo el efecto de una extraña droga.

Así las cosas, decidieron, según su absurdo y disparatado criterio, que el demonio, al que ellos llaman «súcubo», debía ser expulsado del cuerpo de Lucius. Para liberar su alma de las garras del tal súcubo (puesto que, a todos los efectos, ya no se podía hacer nada por su vida) concluyeron, también por consejo de su brujo, que era preciso administrarle el antídoto a través de seis ejemplares de la serpiente africana que le había mordido anteriormente, animales supuestamente libres del influjo del súcubo y que actuarían en beneficio del alma de mi amigo.

Como comprenderá, mi querido profesor, he perdido todo deseo de seguir con la investigación, y ni mi olfato de antropólogo ni mi interés por lo desconocido me impulsan a continuar mis pesquisas mas allá de donde las he llevado. Mi único y definitivo deseo es escapar cuanto antes de esta muy bien urdida y mortal tela de araña.

Cinta número cuatro. Cara A. Decimoquinta grabación

Lucila es hermosa sobre toda ponderación. Cuando la beso, cuando percibo cómo toda su alma fluye sobre mi aliento como un irresistible elixir, me siento abatido, prendido a la dulce vileza de un dardo feroz que ha dominado no ya mi alma, sino mi voluntad toda.

Evito los detalles de la evasión. Fue fácil, mi querido profesor, mucho más de lo que creía. Y ahora estamos aquí. Qué mejor lugar que éste para vivir, para existir, para sentir. En una rica hacienda de las afueras de Johannesburgo, donde palpita el aire fresco de los arrabales el cual inunda los jardines que con delicada mano cuida mi amada. Unos jardines atravesados por una fresca hondanada de vida, por la luz inextinguible de este grito africano que mana belleza por todos sus arroyos.

Sí, mi querido profesor: soy un hombre feliz, muy feliz, tanto como mi vida y mi corazón me lo permiten; y qué mayor vida y qué mayor corazón puede haber que este que se llama Lucila.

Tras vestirse de púrpura el firme horizonte de la lejana sabana, la oigo respirar muy cerca de mí, flotante, dispersa, casi fundente, y, al mirarla bajo la ebria locura de mi afecto, sé que navega más cerca de mi alma que mi propia sombra. Poco antes del anochecer, recorremos los bazares y los teatros, surcamos las calles del rico barrio de R., revolvemos nuestros pasos sobre la avenida y suspiramos como en un cuento de hadas. Y el sol late para nosotros con más ardor que un campo de relucientes trigales. Todo esto es ella, todo esto es Lucila, todo esto soy yo.

A veces, dispersos los dos bajo un tímido haz de luz que inunda con sus dulces ondas el abrigo de nuestra alcoba africana, hacemos el amor. Yo la miro, ebrio de placer, sintiéndome inundado por la belleza ardiente de su latente figura; ella me mira también y suspira, se extiende sobre mí y suspende dulce y suavemente su blanca y ardiente piel sobre mi cuerpo. Luego me vuelve a besar deslizando sus labios húmedos sobre mi pecho, mordisquea mi cuello y se retira para volverme a mirar. Y su mirada es clara como sus ojos, y a la vez ácida como un veneno persistente. Debería huir si fuera prudente, mas no puedo, porque no soy prudente; y debería evitarla si no fuera ciego, mas por qué luchar contra su luz si ella me ha cegado.

Luego ese veneno se torna arma feroz, y sus ojos se me clavan mientras sus caderas discurren sobre las mías como una onda vacilante. Su mirada me aterroriza y la vez me llena de placer, soy su esclavo y ella me domina, enlazado en su lúcida y lacerante sed. Susurra unas palabras que no entiendo y a continuación me dice, con los ojos muy abiertos y llenos de un fuego tenue e inflexible:

—Ya eres mío... Me perteneces.

Y yo le respondo:

—Si soy tuyo, haz de mí lo que te apetezca.

Y se ríe, ¿por qué ocultarlo? con cierta maldad.

Me vuelve a mirar una vez más y ya no hay dulzura, solo el más penetrante y vivo deseo.

Cinta número cuatro. Cara A. Decimosexta grabación

Profesor, pensará usted que estoy loco, completamente loco, pero no puedo evitar sentir lo que siento, y lo que siento es terror, el más puro y absoluto terror.

Lucila ha poseído mi alma.

Pero lo que afirmo no es una figura retórica, es real. La última noche incluso me amenazó entre risas mientras estábamos en la cama. Me dijo: «Mi sombra se extenderá sobre ti y te poseerá para siempre». Apenas puedo moverme, no puedo casi ni respirar; he caído en un estado de profunda inmovilidad, y solo puedo esperar lo inevitable. Ya la oigo caminar por el sótano como si fuera ella, pero no es ella: es su sombra que viene hacia mí para disolverme, para acabar definitivamente conmigo. Se abatirá sobre mí y me convertirá en otra sombra completamente inerte y sin vida, más fría, más gélida que el odio que ha vertido sobre mí.

Pienso que aún hay una esperanza. No de vida, y esto es terrible, pero sí para mi alma. Por favor, mi buen amigo, mi buen doctor: acuda a África, acuda a los khiabukhu; ellos saben lo que hay que hacer. Se lo pido por piedad, por la amistad que nos une.

Ya la oigo, ahí está, justo enfrente de mí, observándome antes de darme caza, su sombra es terrible y sibilina. Es usted mi última esperanza, se lo ruego, profesor...

¡Ayúdeme!

*Cinta número dos. Cara A. Decimotercera grabación.
(Material requisado por la autoridad aeroportuaria de Johannesburgo)*

He acudido sin previo aviso a la tienda de Lucius para ver si se había recuperado de su anterior estado de latencia. Bajo la penumbra de su tienda se encuentra una cama. Lucius descansa sobre ella, boca arriba. Confío en que Saúl regrese pronto con un médico que lo examine con detenimiento.

Malditos bastardos, ¿qué le han hecho? Sabré vengarme de esta gentuza. Ahora lo miro de cerca mientras duerme; no me atrevo a desvelarlo, temo una reacción extraña. Su gesto parece apacible, ¡qué contradicción...!

Un momento. Algo sucede... Parece un reflejo. Salgo afuera para mirar. No se ve un alma. Me acerco de nuevo. ¿Cómo? ¡Otra vez! Sí, ahora lo he visto claramente. La luz procedía del interior de la tienda.

No... No es posible. Es la cara de Lucius... Se ha iluminado como si fuera una destello fosforescente, pero ¡atrás! ¿Qué es eso? No, no... No entiendo. Debería avisar. ¿A quién? ¿A esos locos...? Ni hablar.

Veo..., qué insólito..., veo una orla de luz de color purpúreo y azulado que se dispersa en el vacío, algo así como la imagen intermitente de un proyector cinematográfico. Se extiende en posición de cono invertido, proyectando en el aire la imagen de Lucius, y... Está desapareciendo, se disipa.

Sí..., se está disolviendo... Estoy delirando. ¿Y Lucius...? Ya no está. Pero... ¡Eh! Aquí hay otro hombre. Este no es Lucius. No doy crédito. Sigo grabando. ¿Dónde demonios habrá ido Lucius?

Ahora no es momento de hacer preguntas... A ver... Otra vez lo mismo: el mismo cono invertido, la imagen con el nuevo rostro proyectada en medio de la habitación y la misma imagen extendida en el vacío que se disuelve.

Una vez más, ahora más rápido, y más aún, ¡horror...!

Por fin se ha detenido. Todo parece haber vuelto a la calma... Hay alguien sobre la cama de Lucius. Es una mujer joven. Está dormida. Cabellos largos y rubios, y piel... muy pálida... Parece una muñeca de cera.



¡15 años de experiencia trabajando para las mejores empresas y organizaciones del Perú y el mundo nos respaldan!



Estudio iotopia
Soluciones de Diseño Web, Multimedia, Asesoría y más...

- Diseño Gráfico, diseño de logotipos, isotipos, isologos.
- Diseño de páginas web adaptativas, HTML5, CSS3, Javascript, PHP, Flash, MySQL.
- CD multimedia para presentación de empresa, productos, catalogos, books digitales, curriculum, proyectos, demos de software, etc.
- Alta y posicionamiento en GOOGLE, SEO-SEF.
- Creación de portales, E-Commerce, galerías de imágenes, foros, servicios de noticias, blogs, CMS, guestbooks (libro de visitas), listas de correo, entornos de servicio de atención al cliente, etc.
- Asesoría en redes sociales.
- Presentación de su web en idioma inglés, español, chino, alemán, etc.
- Gestión de dominios de primer nivel .COM, .NET, .ORG, etc. Recuperación y transferencias.
- Alquiler de Hosting Linux para Microempresas, Pymes, Medianos y grandes negocios.
- Mantenimiento de computadoras y redes.
Recuperación y respaldo de datos.

Skype: estudio.iotopia

w: <http://iotopia.net>

t: (+51-1) 6559026 (CLARO)

@: estudio@iotopia.net

m: (+51-1) 993400806 (CLARO)

Mariposas de cristal

Por: Juan Nadie





Borboleta salió con cuidado del angosto receptáculo de paredes de plástico esmerilado que era la cabina de ducha. No se molestó en cerrar la puerta corredera. El resto del cuarto de baño era apenas algo mayor. Podía abarcarlo de pared a pared sin estirar los brazos del todo.

Con un saltito que la hizo flotar en el aire durante un instante se colocó justo debajo del gran secador del techo y presionó el botón rojo que lo ponía en marcha. Se giró de espaldas a la pared y contempló cómo las gotas de agua de la ducha se deslizaban hasta el suelo con lenta y delicada parsimonia y se dirigían al sumidero, atraídas perezosamente por la escasa gravedad de la minúscula sala de aseo. Entre ellas brillaban, como pálidos rubíes, cuentas de color rosado.

Entrecerró los ojos y empezó a girar despacio. Casi con voluptuosidad, dejó que el chorro de aire caliente la secase por completo. Esa siempre había sido para ella la parte más divertida de lavarse. El aire del secador era una brisa cálida y extraña que acariciaba su piel y agitaba su pelo. Le hacía pensar en las historias que le contaban sus padres sobre el viento, los huracanes y las tempestades, allí abajo, en los planetas habitados. Se preguntó cómo sería el viento de verdad, natural, corretear entre las colinas y los valles de la Tierra. Eso era algo que Borboleta nunca había experimentado y que sabía que jamás llegaría a conocer, pero no le importaba. Como muchos antes, no podía añorar aquello que nunca había conocido. El pensar en sus padres hizo que sintiese la familiar punzada de dolor. Torció la boca en una mueca de disgusto. El tiempo había conseguido que la nostalgia y el pesar se redujesen a un zumbido sordo y constante, pero aún dolía. A veces con una intensidad que la dejaba casi sin respiración, estrujándole la garganta y golpeándole en las sienes.

De un manotazo presionó el botón que apagaba el secador y salió del cuarto de baño. Se desplazó flotando por el corredor, al tiempo que sentía las ondulaciones del largo cabello castaño sobre los hombros. La fuerza centrífuga creada por la rotación del asteroide conseguía una débil y escasa gravedad en el baño, situado en el extremo más exterior del edificio. Pero esta acción fruto de la cinética se desvanecía al avanzar hacia el centro del largo cilindro que era la base minera, o al menos lo que quedaba de ella. Las leyes de la física no preocupaban en absoluto a Borboleta, que se movía sin chocar en ningún momento con las paredes del pasillo, sirviéndose de gráciles y perfectos movimientos de manos y pies. Estaba acostumbrada. Era lo que había hecho toda la vida.

Era alta y delgada, de cuerpo estilizado y largas piernas, aunque a sus trece años la pubertad había empezado ya a provocar algunas redondeces. Sin embargo, sus músculos eran débiles, y sus huesos, frágiles. «Mi pequeña y preciosa mariposa», la llamaba su padre cuando la sentaba en sus rodillas y la acunaba hasta que se quedaba dormida.

Pero Borboleta no era una excepción. Toda la gente que conocía era como ella. Delicados, altos y esbeltos, con ese aire etéreo de elfo que tienen todos los que han nacido y vivido fuera de las tenazas de la atracción gravitatoria. «Esos larguiruchos del espacio», los llamaban la gente de la Tierra, quienes se compadecían de ellos porque nunca podrían pisar el suelo del planeta madre, disfrutar de una puesta de sol o sentir el embate de las olas del mar. Los espacianos respondían con una risotada agridulce y trataban de despertar la envidia de esos terranos que nunca sabrían de las maravillas de hacer el amor en ausencia de gravedad ni contemplarían con sus propios ojos los portentosos paisajes del espacio exterior. A pesar de su aspecto frágil y su alterada fisiología, los habitantes del espacio no eran débiles, y mucho menos cobardes. Eran conscientes de que su pueblo representaba los límites de lo que era posible, del postrero paso de la especie, de que ellos eran la última frontera de la humanidad. Más allá de ellos, no había nada. Al menos nada humano. Borboleta lo había aprendido desde la cuna, junto con el valor, el desafío y las precauciones necesarias, inculcadas en incontables lecciones, para sobrevivir en un entorno donde sólo un par de capas de metal y plásticero te separan de la ineludible muerte en el vacío cuántico entre los mundos.



Con una perfecta coordinación de movimientos, se paró en silencio junto a la puerta de entrada de la gran habitación de paredes redondeadas que les servía como sala de estar, comedor y lugar de esparcimiento. Raudur estaba sentado en uno de los mullidos sofás de plástico ergonómico. Miraba con atención en la pantalla mural una de las películas almacenadas en la memoria de la IA estructural. Su concentración se evidenciaba en el fruncido entrecejo, que formaba una cómica arruga sobre sus pronunciados arcos supraorbitales. De vez en cuando se llevaba la mano a la boca y mordisqueaba una de las barras alimenticias que

hacía tiempo que se habían convertido en la casi única dieta de los dos habitantes de la base asteroidal.

Borboleta observó por un momento la enorme pantalla mural. Reconoció al instante la película. Era una de las favoritas de Raudur, una de esas películas de comienzos de la era espacial en la que se narraba la épica lucha de los miembros de una colonia planetaria contra una banda de desalmados piratas del espacio, horribles alienígenas y gobernantes siderales sin escrúpulos. Un clásico, decía Raudur con toda seriedad, con ese aire tan cómico que ponía cuando trataba de ser mayor de lo que realmente era. En esas ocasiones, Borboleta solía burlarse de él y trataba de pellizcarle la ancha y protuberante nariz. Eso sacaba a Raudur de sus casillas, y casi siempre acababa por marcharse a su cuarto farfullando comentarios acerca de esa estúpida flaca que no entendía nada, perseguido por la risa de cristal de su amiga.

—¿Qué haces, Raudur?

—¡Hola, flaca! —respondió el chico.

Una enorme sonrisa de labios gruesos se dibujó en la larga y ancha cara del muchacho, moteada de pecas en las mejillas. El huidizo mentón casi desapareció bajo la media luna cuajada de grandes y cuadrados dientes. Cuando no utilizaba su nombre, Raudur siempre la llamaba flaca. Era el apelativo general con que su gente, más bajos y rechonchos, se refería a las personas como Borboleta.

—¿Te has puesto un vestido? —preguntó Raudur a la vez que la miraba de arriba abajo.

—Sí.

Raudur se rascó con nerviosismo el pelo, crespo y rojizo como muchos de los miembros de su pueblo.

—¡Ah! Ya... Vuelves a sangrar, ¿no?

Ella asintió con una ligera inclinación de cabeza. Por una razón que no alcanzaba a comprender, se sentía incómoda cuando se mencionaba el tema. Recordaba la primera vez que sangró, de eso hacía ya más de un año. Se sintió aterrada al despertarse y ver la mancha roja entre las sábanas. Pensó que se estaba muriendo y gritó presa del pánico más angustioso que jamás había sentido. Raudur acudió casi de inmediato a su habitación, con los ojos medio cerrados por el sueño, que se abrieron de par en par al ver la sangre y la pálida cara de Borboleta. Salió disparado del dormitorio de la chica y atravesó el largo pasillo a grandes zancadas flotantes. Volvió al cabo de escasos minutos con un botiquín completo. La gente de Raudur era entrenada desde la niñez para responder a situaciones de emergencia. Como todos los suyos, el muchacho tenía los conocimientos esenciales para prestar primeros auxilios a cualquier miembro herido de la comunidad.

—¿Dónde está la herida? —preguntó Raudur con la resolución pintada en el rostro cuando entró como una tromba en la habitación de Borboleta.

Borboleta no pudo reprimir el soltar una carcajada. Raudur abrió la boca confundido, aunque no llegó a decir nada. La emergencia había pasado.

Durante un tiempo se sintieron desconcertados por el sangrado periódico de Borboleta. Intentaron buscar información en la IA, pero con escaso éxito. Buscando entre las pertenencias de su madre, Borboleta encontró algunas pistas que le indicaron que ella no era la única que sufría ese extraño sangrado cíclico. Pero todo el asunto siempre le pareció confuso y desagradable. No le gustaba hablar de ello. Desde entonces, siempre que empezaba a sangrar se ponía uno de los vestidos de su madre.

Se sentó en el mullido sofá junto a Raudur. Le acarició distraídamente el pelo de color ladrillo. El muchacho respondió con una elevación del hombro sin apartar la mirada de la pantalla.

—Ahora es cuando el sargento traidor le tiende una trampa al capitán Sebastian, ¿verdad?

—¡Ajá! —respondió él con la boca llena de la pasta alimenticia.

Ambos habían visto antes la película, como todas las demás. Por desgracia, se habían salvado muy pocas en la base de datos de la IA y, durante los largos años a la deriva, las habían visto todas decenas y decenas de veces. Pero aún seguían viéndolas una y otra vez. Se habían acostumbrado a ello y, de todas formas, no había mucho más que hacer en la base. Raudur solía quejarse de que todos los héroes de las películas eran gente del pueblo de Borboleta y nunca del suyo. Pensaba que no era justo, que los creadores de las películas eran unos estúpidos que no sabían nada de la vida en el espacio.

—Las películas son todas así. —Era la única respuesta que Borboleta podía ofrecer a las constantes preguntas del chico, pero ella también intuía que había algo no del todo correcto en ello.

Mientras Raudur seguía las vicisitudes del capitán Sebastian en la pantalla con férrea concentración, ella lo miró durante unos instantes con el rabillo del ojo. Como el de Borboleta, el cuerpo de Raudur había cambiado mucho durante los dos últimos años. Aunque él era algo más joven, su gente crecía más deprisa, y su cuerpo casi había adquirido las definitivas formas varoniles. Su torso, ancho y acampanado, se había ensanchado aún más; los hombros habían crecido, los músculos se habían desarrollado, las manos se habían vuelto enormes, el vello había aparecido y espesado en algunas partes. Como toda vestimenta, llevaba unos pantalones cortos de color azul cobalto con rayas amarillas. Sus favoritos. Borboleta lo había sorprendido varias veces con la mano dentro de los pantalones, acariciándose una intrigante turgencia. Algunas de esas veces, Borboleta había sentido el extraño deseo de introducir también su mano en los pantalones de Raudur. Esos pensamientos también la hacían sentirse un tanto incómoda, pero de una manera distinta, una manera casi feliz. Recostó la cabeza sobre el hombro del muchacho y dirigió su atención a la pantalla.

Cuando el bravo capitán Sebastian y sus aguerridos camaradas acababan de repeler el asalto de los alienígenas, Raudur se volvió hacia su amiga como si saliese de un trance. Con una enorme sonrisa de dientes enormes le pregunto:

—¿Tienes hambre, Borboleta? Es hora de cenar.

—Pero si acabas de comer.

—Eso no tiene importancia. Es la hora de la cena, ¿no? —replicó el adolescente y señaló con el índice los números de naranja fluorescente que marcaban el paso del tiempo desde la pared de la sala.

—¡Eres un caso! —dijo ella sacudiendo la cabeza con exagerado aire de impotencia. Raudur se acercó a la cocina, la parte de la sala con una poyata de plástico blanquecino, una mesa y varias sillas atornilladas al suelo y un dispensador de comida. Apretó el botón del dispensador y realizó el pedido con cara de gran solemnidad:

—Por favor, quisiéramos para cenar un par de hamburguesas con queso, patatas fritas y helado de fresa y chocolate.

«Orden imposible de ejecutar», dijo la voz sintética e impersonal de la IA a través de los altavoces de la cocina, «datos insuficientes, información no disponible en la base de datos». Raudur lanzó una risa forzada que se rompió a medio camino con un gallo de adolescente.

—Información no disponible en la base de datos —repitió Raudur pellizcándose la nariz con el índice y el pulgar en un intento de imitar la voz mecánica—. Estúpido ordenador, por muchas veces que se lo hagas, siempre cae en la misma trampa. —Y le lanzó un guiño a su amiga con cara de pícaro travieso.

—¡Déjate de tonterías! Y ordena la comida de una vez.

—¿Qué pasa? ¿Ya no te hace gracia? Antes siempre nos reíamos de lo lindo con las bromas que le gastábamos a la IA y de sus estúpidos «información no disponible».

—Es una broma propia de críos, Raudur. Me aburre.

—Hay que ver lo rara que te pones cuando sangras —dijo con un deje de tristeza.

Borboleta le lanzó una mirada furibunda que cortó cualquier réplica por parte del muchacho. Raudur le dio las instrucciones oportunas al dispensador y, cuando aparecieron sendas bandejas con comida, las colocó sobre la mesa. Se sentaron a comer.

La cena consistió en la dieta habitual de los dos habitantes de la estación minera a la deriva. Dos barras de pasta alimenticia, un cuadrado de gelatina verde con un ligero regusto vegetal y dos grandes vasos de agua, herméticamente cerrados y de los que se bebía a través de una pajita, lo que impedía que el líquido elemento se desparramase en glóbulos flotantes por toda la habitación.

—¿Te acuerdas de a qué sabía el helado, Borboleta?

La chica arrugó el entrecejo y meditó durante unos instantes.

—No, pero creo que me gustaba.

—¡Mira! Allí está otra vez —dijo Raudur de pronto y apuntó con el dedo a uno de los diminutos ventanales de la sala.

El fornido joven se levantó de la mesa y en un par de gráciles saltos se situó junto al pequeño mirador. Pegó los ojos al grueso cristal que lo separaba del espacio vacío.

—Está cada vez más grande.



Desde hacía muchos días, no podrían decir si semanas o meses, en el pequeño fragmento de negro firmamento tachonado de estrellas que los dos niños podían ver desde la estación apareció un nuevo elemento. Al principio no era más que una pequeña bola de color amarillento pálido. Pero poco a poco fue creciendo hasta que se convirtió en una enorme esfera de rayas horizontales, ocres, tostadas y naranjas, con una mancha rojiza y circular en uno de sus lados. A Raudur la aparición le fascinó desde un principio, y solía jactarse con orgullo de que su pelo era del mismo color que la mancha. Tras muchas deliberaciones e infructuosas consultas a la base de datos, los dos habitantes del asteroide llegaron a la conclusión de que se estaban acercando a un planeta. Pero no tenían ni idea de cuál.

—Es la Tierra —afirmaba Raudur con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

Borboleta asentía a la conclusión de su amigo sin demasiada convicción. No estaba muy segura, pero creía recordar que las historias de su madre sobre el planeta natal hablaban de un mundo de color azul y verde, no de un planeta a rayas.

—Se ve más grande —comentó Raudur sin apartar los ojos del gigante naranja—. Eso quiere decir que nos acercamos. Pronto aterrizaremos en la Tierra y nos recibirán con aclamaciones y fiestas. Seremos los héroes del espacio, tú y yo, Borboleta. Como el capitán Sebastian.



Raudur se dejó llevar unos momentos por sus ensoñaciones. Se veía a sí mismo como un gran héroe espacial, vitoreado y aclamado por todos. Estaba seguro de que harían una película sobre su aventura. Una película que por fin estaría protagonizada por un miembro de su pueblo, y no por la gente flaca, como siempre ocurría.

—¿Crees que encontraremos a... nuestras familias? —preguntó Borboleta con voz queda.

—Pues... supongo que sí —respondió él encogiéndose de hombros, sin poder disimular un temblor en la voz.

El joven adolescente permaneció junto al ventanuco hasta que la enorme bola naranja desapareció de su campo de visión.

Después de la cena, tiraron los cubiertos y los platos de plástico al reciclador y se sentaron a ver una película distinta. Esta sólo la habían visto ochenta y seis veces, según los cálculos de Raudur, así que, afirmó con solemnidad, «era casi como si fuese nueva».

Estaban a mitad de película cuando oyeron el sonido de algo que no había ocurrido en la estación en los últimos cinco años. Era un chirrido metálico acompañado del sibilante zumbido del aire al escapar al vacío exterior. Una luz de color ámbar empezó a parpadear en una esquina de la sala, iluminando la cara de los dos niños con un resplandor de fuego intermitente. La voz monótona de la IA anunció que la puerta exterior de la esclusa había sido abierta, y que tras unos minutos se iniciaría el proceso de recompresión en la antesala de entrada a la base.

Borboleta y Raudur se miraron aterrados y se abrazaron sobre el sofá. La esclusa de la entrada no se había abierto desde el accidente, por la sencilla razón de que allí fuera no había nadie para abrirla, ni ellos tenían trajes para salir al exterior.

Sólo podía significar una cosa: intrusos.

Los minutos se desplazaron con lentitud sobre la pantalla del reloj digital.

—¿Quiénes serán? —preguntó Borboleta con un hilo de voz. Gotitas transparentes empezaron a flotar delante de su cara—. ¿Crees que nos harán daño?

—Seguramente son piratas espaciales que intentan atacarnos. Pero no te preocupes. Yo cuidaré de ti —dijo Raudur tras tragar con dificultad.

Los oyeron acercarse por el largo pasillo. Los dos niños estaban temblando, abrazados el uno al otro, cuando los extraños llegaron a la gran sala redondeada. Eran cuatro. Altos y temibles. Llevaban trajes espaciales de color gris claro adornados con insignias de tonos oscuros. Pesadas botas de suelas magnéticas los mantenían sujetos al suelo con firmeza. Las viseras levantadas de sus cascos les permitieron verles el rostro. Pertenecían a la gente de Borboleta. Se habían quitado los guantes y en sus manos sujetaban lo que sin duda eran armas de fuego.

Raudur se levantó del sofá y trató de no aparentar el miedo que sentía.

—¿Qui... quiénes son ustedes? ¿Qué hacen aquí?

—¡Mirad! Es uno de ellos —dijo uno de los hombres con voz ronca.

—¡Atrás! —ladró el hombre que parecía estar al mando del grupo—. Ni se te ocurra moverte, mono maldito.

Raudur dio un pequeño saltito y se acercó flotando dispuesto a enfrentarse a los cuatro intrusos.

—¡Váyanse de aquí, piratas! Esta es nuestra casa y...

—¡Cuidado, comandante! Nos ataca...

El estampido cortó en seco la respiración de Borboleta, que no comprendió lo que había ocurrido hasta unos segundos después de contemplar cómo Raudur salía despedido hacia atrás por el impacto del proyectil. Un extraño olor a quemado inundó la habitación.

El cuerpo del muchacho se quedó suspendido a media altura, quieto, con las piernas dobladas y la cabeza hacia atrás. Una enorme flor roja se había abierto en su pecho y pequeñas gotas de rubí flotaban a su alrededor.

El chillido de Borboleta fue tan agudo que los cuatro visitantes no alcanzaron a oír el final del mismo, pues acabó más allá del espectro audible por el ser humano.

* * *

Setenta y dos horas más tarde, en la enfermería del acorazado interplanetario *Solaris Siete*, perteneciente a la armada del Sistema Exterior, la teniente médico Yaiza Canipe pasó la palma de la mano sobre la frente de la dormida Borboleta. La arropó con suavidad subiéndole el borde de la sábana hasta los hombros y emitió un ahogado suspiro.

Habían sido tres días extenuantes, llenos de tensiones, miedos, angustias y abundantes lágrimas. Para ambas. Pero Yaiza por fin había conseguido que la niña se durmiese sólo con la ayuda de un sedante suave.

Salió en silencio de la enfermería y cerró la puerta tras ella. Caminó por el corredor dando pequeños y elegantes saltitos. La reducida gravedad artificial de la nave, apenas un cuarto de *g*, facilitaba los desplazamientos pero implicaba una cierta práctica hasta que los músculos y el cerebelo se acostumbraban a la nueva situación. Yaiza ya no se chocaba con los mamparos ni con sus compañeros de tripulación, pero aún se movía con el característico aire temeroso e inseguro de los terranos que la gente nacida en el espacio sabía distinguir a la legua.

En el otro extremo del pasillo, una figura alta y grácil avanzaba hacia ella con movimientos fluidos y exactos. Al llegar a su altura, la teniente se llevó los dedos a la sien en el arcaico saludo protocolario.

—Comandante.

—Teniente —respondió el hombre al saludo.

Yaiza se proponía seguir su camino, pero el comandante Adama, oficial al mando de la *Solaris Siete*, se volvió para interpedarla en el último momento.

—¡Teniente Canipe!

—Sí, mi comandante.

—¿Cómo está la niña?

—Bien, bien. Dentro de lo que cabe, por supuesto. De momento descansa.

—¿Cree que se recuperará?

—Físicamente, lo más probable. Presenta signos de malnutrición, falta de calcio en los huesos y deficiencia vitamínica. Nada que no pueda subsanarse con tiempo y una buena alimentación. El mayor problema es el desarrollo del aparato locomotor y cardiovascular. El largo periodo de tiempo en gravedad cero sin un régimen de ejercicios adecuados le ha causado una severa atrofia muscular. Con mucha rehabilitación podrá eventualmente vivir en lunas de baja gravedad o en estaciones orbitales. Pero nunca podrá ir a la Tierra, y dudo mucho que ni siquiera a Marte. Y similares problemas presentaba el chico, según ha revelado la autopsia que...

—No poder ir a la Tierra es sólo un problema para ustedes, los terranos —interrumpió el oficial superior con una burlona sonrisa.

—Por supuesto, mi comandante —dijo Yaiza con una sonrisa incómoda. Se dio una colleja mental a sí misma. Tenía que tener más cuidado con su lengua. El comandante era un espaciano puro, nacido y criado en las lunas de los planetas exteriores del Sistema Solar. Nunca había puesto un pie en la Tierra y nunca lo haría—. De todas formas, lo peor es la rehabilitación psicológica —dijo a continuación—. Ahí las cicatrices van a ser grandes y profundas. Mucho me temo que la pequeña Borboleta está sólo en el comienzo de un largo y penoso camino.

—Claro, claro. Eso es preocupante, desde luego. Pero no se alarme. Le proporcionaremos a la niña todos los cuidados que la medicina moderna pueda conseguir. Aparte de eso..., eh..., ¿ella está... intacta?

—¿A qué se refiere? —preguntó la teniente frunciendo el ceño, con extrañeza.

—Me refiero a que..., bueno..., ya sabe. Si ha sido sometida a algún tipo de... abuso. Ya me entiende.

Los ojos de Yaiza se abrieron de par en par al comprender.

—¡Por los dioses, mi comandante! Sólo eran dos críos perdidos en el espacio.

—Lamento que mi pregunta la incomode, teniente. Pero comprenda que tengo que tener una información sobre el caso lo más completa posible. A fin de cuentas, la muchacha ha estado expuesta durante un largo tiempo a uno de esos malditos monos rojos, conviviendo con él, incluso.

—Los neandertales eran tan humanos como nosotros, mi comandante.

La tensión se pudo apreciar en las mandíbulas del comandante, apretadas con fuerza, mientras su cara enrojecía por el efecto de la ira. Escupió las palabras a través de los dientes. —Eso, teniente, no son más que majaderías ecologistas de ustedes los terranos. Ahora les da por defender a los pobrecitos monos y tratar de lavar su memoria. Pero no se quejaban cuando tuvimos que limpiar el Sistema de esos grotescos neandertales que nunca debieron ver la luz del sol. Ahora que ustedes están a salvo, empiezan a lamentarse por lo que ocurrió y nos echan en cara a nosotros, los espacianos, nuestros métodos, demasiado rudos e inhumanos para sus refinados modales del planeta madre. Les limpiamos su patio trasero y ahora nos tildan de crueles. Teniente, gracias a nosotros se salvaron millones.

—Los neandertales fueron usados como esclavos, mi comandante. Durante décadas.

—Los neandertales mataron a miles de humanos durante la revuelta, entre ellos a varios compañeros del cuerpo, muy allegados y queridos para mí, por si le interesa saberlo. Estuvieron a punto de sumir el Sistema entero en la ruina y la barbarie. Se hizo lo que se tenía que hacer, teniente Canipe, no se olvide de ello.

—Desde luego, mi comandante. Aun así, no creo que el muchacho del asteroide supiese ninguna amenaza para nosotros. Hubiese sido mejor dejarlo con vida. Su muerte le ha causado a Borboleta un profundo shock del que tardará en recuperarse. Comprenda que durante mucho tiempo no...

—¡Teniente! Usted sabe perfectamente que los neandertales están prohibidos en todo el Sistema Solar, lo que incluye su querido planeta natal. Esta es una nave militar, y como oficial al mando de la misma, mi mayor prioridad se centra en velar por la seguridad de su tripulación. Y le aconsejo que no sea demasiado efusiva en exponer esa clase de ideas. Al menos mientras dure su estancia en los planetas exteriores.

Yaiza apretó los puños y respiró hondo un par de veces.

—Sí, mi comandante. No se preocupe por la niña. Su virginidad está intacta.

—¡Bien, bien! Me alegra saberlo —replicó el oficial—. Manténgame informado de su evolución.

—A la orden, mi comandante —dijo Yaiza llevándose la mano a la sien.

La teniente médico contempló cómo el comandante se alejaba por el pasillo con su grácil y majestuoso andar de hombre del espacio. Sintió un amargo sabor de bilis en la lengua y una punzada de náusea en la boca del estómago. El oficial al mando tenía razón, al menos desde su punto de vista estrictamente militar. Pero eso no hacía que Yaiza se sintiese mejor sobre cómo se habían desarrollado los hechos.

La discusión le hizo pensar, una vez más, en la decisión que tenía que tomar y a la que llevaba dándole vueltas los últimos meses. Como oficial médico terrano, tras los estragos de la guerra y los iniciales esfuerzos de reconstrucción, había solicitado un traslado temporal a los planetas exteriores. Ansiaba la aventura del espacio y conocer de primera mano las maravillas que el hombre había realizado en la conquista del Sistema Solar. Pero tenía que tomar una determinación. La vida en el espacio y en planetas de gravedad inferior a la terrestre

causaba cambios fisiológicos importantes. Las dos horas diarias de extenuantes ejercicios podían retrasar el momento. Pero a la larga tenía que elegir: o volvía a la Tierra pronto, o nunca podría hacerlo.

Con el rostro surcado por oscuras nubes de preocupación, Yaiza se dirigió a la cantina de la nave. Se dijo por enésima vez que si no tomaba una decisión pronto acabaría por quedarse atrapada en las lunas de Júpiter.

«Pero, ¿quiero volver?», se preguntó a sí misma una vez más. ¿Tenía realmente motivos suficientes para volver a la Tierra? ¿Qué le esperaba allí?

Por fin llegó a la cantina de la nave. Se paró un momento en la puerta y miró en derredor. Sentado en una de las mesas del fondo estaba la mayor causa de sus dudas y la amarra que la anclaba a los planetas exteriores. Alto y delgado, un espaciano de pura cepa, con el pelo cortado a cepillo según las estrictas especificaciones del reglamento y los ojos grises concentrados en la pequeña pantalla de su unidad IA de muñeca. Las oscuras nubes se borraron casi por completo del rostro de Yaiza.

Sin decir palabra, se sentó frente a él y extendió una mano sobre la mesa. Él se la cogió con suavidad entre la suya y le dedicó una cálida sonrisa.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué tal estás? ¡Huy! Qué cara más larga tienes. ¿Qué ha pasado?

—He tenido una no demasiado agradable conversación con nuestro querido comandante.

—La niña del asteroide, ¿verdad?

Ella asintió con tristeza.

—Yaiza, entiendo cómo te sientes. Y quiero que sepas que estoy completamente de acuerdo contigo. Pero tienes que comprender las circunstancias. Se trataba de un neandertal. Hubieran tenido que eliminarlo de todas formas. Son las ordenanzas. Por tu bien te aconsejo que no te enemistes con el comandante. Aunque seas un oficial adjunto proveniente de otro cuerpo, mientras te encuentres a bordo, estás a las órdenes del general de brigada Ciro Adama III. Como todos nosotros.

—Lo sé, John, lo sé. Pero eso no lo hace más fácil. No era más que un niño. Un pobre niño perdido que cometió el horrendo crimen de ser el único amigo de una niña de raza distinta.

—Pobres críos —dijo John mientras daba suaves golpecitos en el dorso de la mano de Yaiza.

Se quedaron en silencio durante unos segundos, las manos entrelazadas sobre la mesa.

—¿Habéis averiguado de dónde venían, quiénes eran? Como oficial de comunicaciones seguro que has tenido acceso a los datos —preguntó Yaiza al fin.

John sacudió la cabeza.

—La información es escasa y fraccionaria. La IA de la base del asteroide no era la unidad central, sino tan sólo una terminal que apenas se las apañó para salvar algunos archivos parciales y programas de rutinas de mantenimiento. Pero con esos datos y el análisis espectrográfico de la superficie rocosa, compuesta casi en su totalidad de silicatos y níquel-hierro, me atrevería a decir que lo que encontramos son los restos del 15 Eunomia.

—¿El 15 Eunomia? ¿Ese 15? —preguntó Yaiza y enarcó las cejas en una mueca de sorpresa mezclada con espanto—. Pero ahí es donde empezó la revuelta.

—¡Ajá! 15 Eunomia, asteroide de clase S, de unos 100 km de diámetro, situado en el cinturón principal, y la mayor mina de silicio de todo el Sistema. El bendito silicio, ese precioso elemento tan necesario en nuestra tecnología moderna. Con una población de unos mil quinientos individuos, de los que sólo cien eran sapiens. Hasta que un día los neandertales de la mina se cansaron de trabajar para sus amos y el asteroide desapareció de la noche a la mañana.

—¿Pero cómo es posible?

—Bueno, nadie sabe lo que pasó exactamente. En algún momento de la lucha uno de los dos bandos hizo estallar el reactor atómico y el asteroide voló en pedazos. La roca donde encontramos a esos dos niños es todo lo que queda del 15 Eunomia. Debió de ser lanzado fuera del plano de la eclíptica por la onda expansiva de la explosión, y después vagó a la deriva por el espacio exterior hasta que, por pura casualidad, quedó atrapado en el pozo gravitatorio de Júpiter.

—Pero eso ocurrió hace más de cinco años —dijo Yaiza mientras apretaba una de las manos de John entre las suyas—. Es increíble que hayan sobrevivido tanto tiempo.

—Por fortuna para ellos, las bases mineras se construyen por secciones estancas, más o menos independientes. Tuvieron suerte de encontrarse en una de las que contenían las despensas. Aunque a la larga los alimentos se habrían agotado, la estructura del casco habría sido dañada, o los sistemas de soporte vital habrían acabado por fallar. Ha sido un verdadero milagro que los hayamos encontrado. Lo que no me explico es por qué dos niños de las dos razas estaban juntos en la misma sección.

—Según tengo entendido, durante los años de infancia los educaban juntos. Simplemente era lo más práctico. Después, cuando crecían, era cuando se mantenían en secciones separadas.

—Entonces, ¿dónde están los demás niños de la base minera?

Yaiza se encogió de hombros.

—Quizás ese día ellos dos estaban haciendo novillos.

Dos oficiales de alta graduación caminaron junto a la mesa. Yaiza y John se soltaron las manos, que volvieron a unirse de forma clandestina bajo la superficie de pulido metal. Las relaciones románticas entre los miembros de la tripulación no estaban prohibidas, incluso se animaba al personal a ello. Ayudaba a sobrellevar el hastío y la monotonía de los viajes espaciales. Pero las demostraciones públicas de afecto no estaban bien consideradas según una de las innumerables reglas no escritas del código militar espacial. Ninguno de los dos tenía interés en ganarse una amonestación de sus superiores.

—Es casi irónico —dijo John. Bajó la mirada hacia la pulida superficie de la mesa—. Encontrar a ese pobre chico en los restos del asteroide en el que empezó la revuelta de los neandertales.

—Aún me estremezco cuando pienso en los meses de tumultos y violencia. Los neandertales se levantaron en armas en casi todo el Sistema. En la Tierra, muchas ciudades se quedaron sin suministro de energía, sin alimentos e incluso sin agua. Fueron días horribles. Después vinieron las masacres. Llegaron a organizar batidas para cazarlos como animales. Hasta que no quedó ninguno. Fue espantoso, realmente espantoso.

—Sí. No fue precisamente uno de los momentos más brillantes de nuestra historia —dijo John. Sacudió la cabeza con pesadumbre.

Yaiza emitió un largo suspiro.

—Los neandertales tuvieron un triste final —dijo en voz baja.

—Desde luego. Extintos durante miles de años. Vueltos a la vida gracias a la magia de la ingeniería genética y la clonación, y convertidos casi de inmediato en los preciosos esclavos del *homo sapiens*, su dueño y creador.

—Nosotros no los creamos.

—No. La evolución lo hizo. Y la evolución los aniquiló. Nosotros sólo les dimos una segunda oportunidad.

—Los explotamos —dijo Yaiza, compungida—. Sobre todo en el espacio.

—Tuvieron la mala suerte de que su vuelta a la existencia coincidiera con la expansión de la era espacial y la colonización del Sistema. Mineros de los asteroides, trabajadores de los campos de terraformación de Marte. Eran los esclavos perfectos. Tan inteligentes como nosotros y totalmente sometidos. Trabajadores incansables a los que no había que pagar salario ni preocuparse de sus derechos civiles, puesto que no tenían ninguno.

—Hasta que se cansaron.

—Hasta que decidieron rebelarse contra sus amos. Y sus amos optaron por devolverlos a la extinción.

—Y nosotros hemos acabado con el último neandertal vivo del Sistema Solar —Yaiza sacudió la cabeza con abatimiento—. Pobre niña.

Una solitaria gota de cristal líquido corrió por la mejilla de la teniente médico.



Sentencia

Por: Aldana Loureyro





ue durante un día que estaba caminando con Abi. Por algún motivo tenía la sensación de que algo malo estaba por pasar. Nos encontramos con su tío, Luke. No tenía mucha más edad que ella, y eran muy buenos amigos. Al saludarlo nosotras fue cuando empecé a verlos. Al principio parecían simplemente personas, con expresiones horribles en sus rostros y sus miradas fijas en mí. Había dos o tres en cada cuadra. Empecé a sentirme muy asustada.

—¿Pasa algo, Sara? —me preguntó Abi.

—No, nada.

No sabía cómo explicarles lo que estaba viendo y, al parecer, ellos no se habían dado cuenta.

Al llegar a una esquina uno de ellos saltó sobre mí. Noté que lo que se clavaba en mis hombros era demasiado afilado para ser uñas. Sus ojos eran casi blancos y en su expresión no había un ápice de humanidad. Aquella cosa no era una persona.

Me llevó mucho esfuerzo empujarlo mientras gritaba. Tenía una fuerza brutal, pero se fue corriendo en cuanto lo separé de mí.

—Sara, por Dios, ¿qué te pasa? —preguntó mi amiga, sin tanta preocupación como debería.

—¿Cómo que qué me pasa? ¡Un loco acaba de saltar sobre mí!

—¿Loco...? ¿De qué hablas? —dijo Luke.

Su expresión fue lo último que vi en este mundo, porque antes de procesar lo que estaba pasando volvieron a atacarme. Un demonio clavó sus colmillos en mi cuello y no tardé en morir.

* * *

¿Saben lo que se siente al estar encerrada en una caja? La total desesperación de no ver una salida, la incertidumbre de no saber por qué estás ahí ni qué va a pasar contigo y la impotencia de no poder hacer más que esperar. Así me sentí al despertar. ¿Es esto lo que nos espera a todos después de la muerte? ¿Una espera interminable en una caja? ¿O esto era una especie de prueba? Tal vez estaba esperando para ser juzgada.

Ese sentimiento no duró mucho, porque las paredes no tardaron en encenderse. Se convirtieron en pantallas que reproducían escenas de Abi. Mirara a donde mirara solo veía partes de la vida de mi mejor amiga, y en ese momento empecé a sentir que había alguien más.

Busqué hacia todos lados con la desesperación de sentir a alguien encerrado conmigo, sin poder ver a nadie. Entonces las paredes reprodujeron algo que no quería ver.

* * *

Abi caminaba por la calle cuando fue golpeada por un auto. No fue realmente su culpa, la conductora venía muy distraída. Nunca llegó a ver su cara porque enseguida cayó al suelo y sus dedos quedaron bajo otra rueda.

* * *

Me sentí horrible, recuerdo perfectamente ese día. Me había dispuesto a bajar del auto para ayudar a la persona que atropellé, pero al ver quién era cambié de idea. Temí que Abi me odiara para siempre y decidí huir. Por el temor de perder a mi amiga nunca me atreví a confesar.

Pero ella no pareció lamentar mucho la pérdida de sus dedos. Abi es una persona fuerte.

* * *

El tiempo retrocedió en las pantallas. Un mes antes del accidente, Abi llegó a su casa con su teclado nuevo. Estaba muy feliz con la adquisición. Enseguida lo enchufó y se puso a tocar. Recién empezaba a aprender, pero estaba dispuesta a practicar lo que fuera necesario para convertirse en pianista algún día.

Pasaron los días. Al mes de comprar el instrumento, ella había puesto tanto empeño en él que ya podía tocar canciones un poco difíciles. Estaba realmente feliz.



* * *

Me quedé atónita ante aquello. Abi nunca me había contado que tocaba el piano. ¿Acaso no me considera tan importante como ella lo es para mí?

* * *

Meses después, luego del accidente, Abi salió del hospital con dos dedos menos en la mano derecha. Al ver su teclado esperándola en casa, se puso a llorar. Había perdido un sueño.

Otro día, Abi estaba golpeando el teclado con un martillo hasta destruirlo por completo. Luke entró a la casa y la abrazó para detenerla. Ella se tranquilizó y le habló de cuánto deseaba ser pianista mientras seguía llorando.

* * *

Las pantallas se apagaron y volví a estar encerrada en una caja.

Me arrodillé y lloré, sintiéndome horrible por haber arruinado la vida de mi mejor amiga, por saber que yo nunca había sido tan importante para ella como Luke. Pero eso lo merezco. Merezco pudrirme en esta caja por el resto de la eternidad.

Mientras sufría por la culpa volví a sentir la presencia conmigo. Pero esta vez sí la vi. Parecía una sombra. No tenía expresión, pero me miraba, y su voz resonó en la caja.

—Estás siendo juzgada por tu pecado. Confiesa y la sentencia será decidida.

* * *

Despierto en un hospital. Todo se ve borroso al principio, pero cuando mi vista se adapta lo suficiente distingo a Abi.

—¡Sara! ¿Estás bien? ¡Nos preocupamos mucho!

No merezco su preocupación.

—¿Por qué estas llorando...?

Entiendo a qué se refería la sombra con que confiese.

—Abi... Perdón.

—¿Por qué te disculpas...? —pregunta ella, sin entender.

—Yo fui la que te chocó en el accidente, pero nunca te lo dije porque temí que me odiaras... Es mi culpa que hayas perdido tus dedos. Perdón, Abi.

Veo que su expresión cambia totalmente. Me pregunto cuántas emociones hay en ella. Confusión, ira, odio...

No puedo hacer más que mirar aquel rostro y esperar a que la víctima de mi pecado decida mi sentencia.



Carne en mi boca

La balada del nunca amado

Oscuro - Parte 9

Por: Julio Cevalco





La tormenta seguía su curso. En el extremo norte del Bosque de los Ahorcados, las tropas de la milicia de Càdeburg empujaban carretas repletas de cadáveres. Los cuerpos, yertos y desnudos, mantenían una expresión de terror en el rostro. Una mueca. Una sonrisa de piedra. Hidalgos, paladines y antiguos señores no eran distintos a pordioseros, cuatreros ni asesinos errabundos que cada noche tiritaban de frío en las afueras de la ciudad. La plaga los había matado a todos por igual: niño y anciano, pobre y rico, la muerte había cortado sus cuellos con su guadaña de media luna. Úlceras estomacales, escorbutos, diarreas y vómitos, plagas de mosquitos; otros, en cambio, habían muerto atragantados con sus propia bilis luego de sufrir intensos dolores estomacales. El bosqueapestaba a estiércol y a tripas podridas, y el hedor se había propagado en dirección al castillo.

La milicia se cubría los rostros con pañuelos negros pintados con una sonrisa cada- vérica o manchados de sangre. Los soldados estaban regidos por el mariscal Rembrandt le Courdier, llamado también Un Ojo. Le Courdier, que era un soldado escuálido y espigado de más de cuarenta años, disfrutaba al ver a los hombres morir. El mariscal se peinaba el bigote negro y aceitoso, mientras el mechón cano que nacía del centro de su cráneo flameaba como pelusilla. Un poco de pelo en el pecho y en la garganta; más pelo no tenía.

Luego de bostezar, observó una sombra que se acercaba a toda velocidad como un cervatillo asustado. Era la sombra de un soldado: uno de los nuevos reclutas.

—¡Retrocedan! ¡Retrocedan! —gritaba el muchacho, con los ojos repletos de lágrimas y la nariz hinchada—. ¡Atrás! ¡Atrás! ¡Es un bastardo! ¡Es un bastardo!

Rembrandt se cubrió la cara con la pañoleta que llevaba amarrada al cuello. Sobre el pañuelo se encontraba pintada una sonrisa de calavera. Al punto se aclaró la garganta, antes de observar al soldado que corría. Lo vio pasar a su lado y dio la orden para que los arqueros le disparasen.

—Está inficionado —susurró luego de contemplar su rostro derretido. Los huesos nasales y maxilares asomaban bajo una cortina de grasa amarillenta, y partes de su cuello lucían como picadas por una maza con púas. La sangre corría ramificada y las moscas revoloteaban zumbando, acercándosele.

«No está inficionado —recapacitó el mariscal—. Está muerto. Ese soldado es un hombre muerto que se aferra a la vida.» Rembrandt Un Ojo hizo una señal a sus arqueros con las manos. Una señal en el lenguaje de sordomudos.

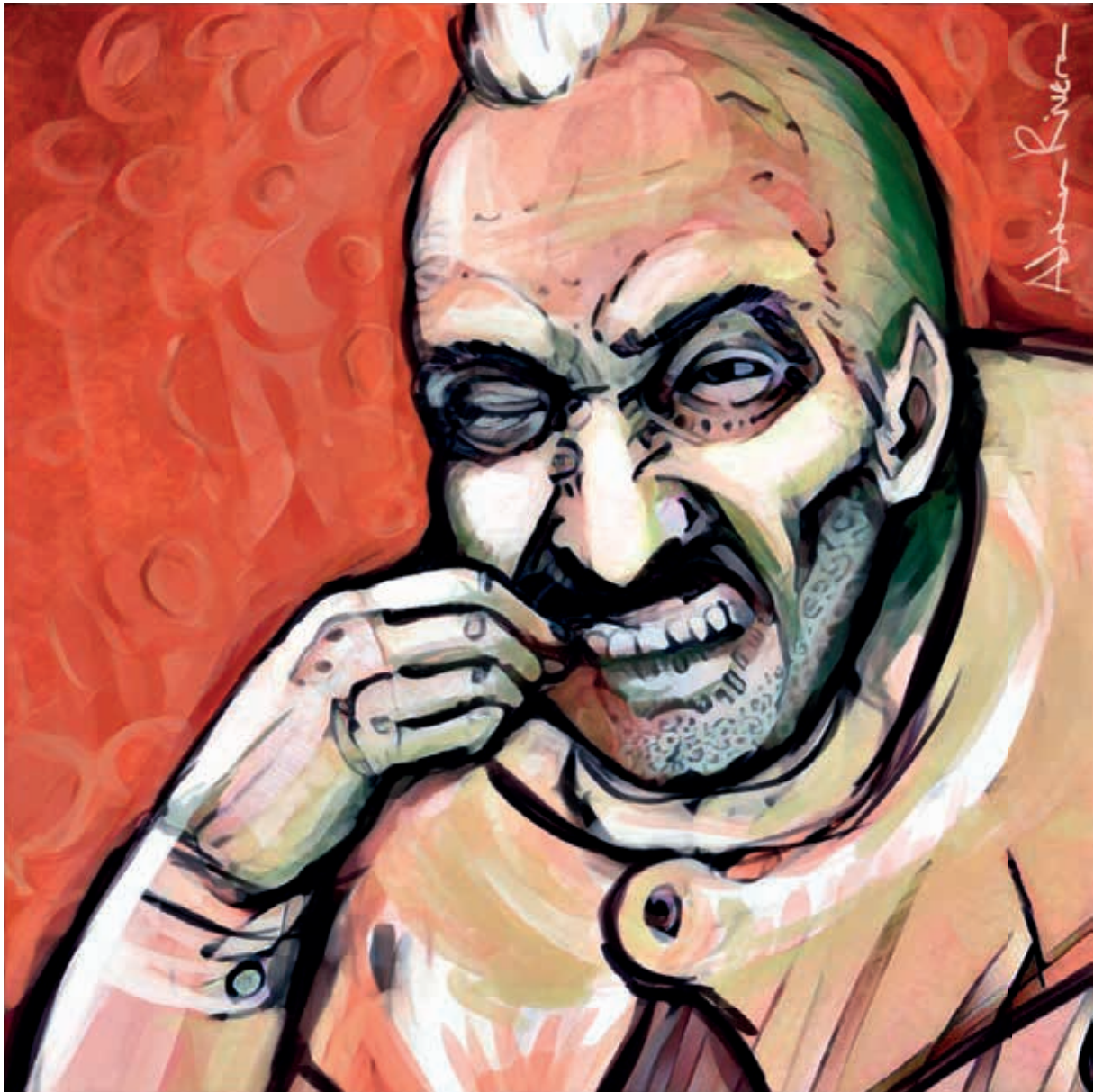
Los arqueros, de inmediato, colocaron la flecha en el arco, tensaron, apuntaron y esperaron unos segundos con el ojo puesto en la mira, pero salvo uno de ellos, los demás no soltaron sus proyectiles. El recluta cayó abatido sobre los barrizales dando un grito, como si un sable fantasma le hubiese hecho un corte invisible en los tobillos.

«Imposible...». El único ojo de Rembrandt pareció abrirse como un plato redondo. Un ojo pardo. De lince. La flecha perdida se internó en la neblina del bosque mientras la armada de los Peces Sangrientos contemplaba al crío de los tobillos rotos.

«La plaga le ha comido los músculos y los tendones, y ahora sus huesos parecen molerse —pensó el mariscal poco antes de dar la orden de que sus arqueros lo acribillaran—. Por un demonio. ¿Qué es lo que nuestro pueblo está pagando?».

En ese momento silbaron los proyectiles.

La lluvia arreció y un canto de muerte, espectral y eterno, se extendió en el Bosque de los Ahorcados. El soldado recibió una flecha en el cráneo, dos en el cuello y tres le perforaron la espalda penetrando su cota de anillas. El inficionado murió al instante. Y, de inmediato, una caterva de soldados recogedores ataviados con corazas y mantos vetustos levantó el cadáver luego de retirarle las saetas. Los recogedores lo lanzaron sobre una de las carretillas repletas de muertos, como un trozo de carne.



Rembrandt observó los cadáveres. Todos palidecían. Y sus muecas, petrificadas, eran una expresión sempiterna de horror. El mariscal vio una cucaracha salir de una oreja poco antes de caminar en dirección a sus arqueros.

—Ese es el verdadero rostro de la infición —dijo, apurado, mientras olisqueaba como un coyote el olor del acero manchado de rojo: un olor áspero. Las cotas de anillas de sus soldados parecían haberse dado un festín: una carnicería de hombres marcados por pústulas y tumores—. ¿Cuáles son los números de esta noche?

—Treinta y ocho —respondió uno de los Peces Sangrientos. El hombre tenía el cabello castaño y ondulado, y le decían Parvic el Escamas—. Pero los ahorcados los superan en número, mi señor. Solo en el lado noroeste del bosque hemos encontrado casi trescientos. Los soldados no quieren descolgarlos por miedo al contagio.

—Y se contagiarán si lo hacen —respondió el mariscal, sonriente—. Hacen bien. Los Peces Sangrientos no son una bola de afeminados que se dejan matar sin antes derramar sangre.

«Las escórporas: peces que forman su propio mar», se repitió el mariscal en su fuero interno. «Una canción de la soldadesca que no había escuchado en mucho tiempo. Una canción de la guerra...».

Rembrandt hizo chirriar sus dientes. Por un momento le pareció que tenía un poco de carne enterrada entre los molares e intentó sacársela con la lengua. Pero no pudo.

—Las órdenes del emperador fueron claras —le dijo a Parvic y a los demás arqueros luego de lanzar un escupitajo al barro. Los soldados cubrían sus cráneos con capuchas, y sus rostros se mantenían ocultos bajo las pañoletas—. Matar a los inficionados es una guerra sin cuartel, da igual si son de Càdeburg o de sus alrededores. Los cuerpos van directos a la fosa, y si están contagiados los haréis arder, pues en las barracas contáis con pedernal, aceite y antorchas de sobra. Id con cautela.

—Como ordene, milord.

—Silencio. No he terminado. —Rembrandt se metió la lengua entre los dientes, pero nuevamente no consiguió sacar el trozo de carne. «Carajo...»—. Solo iba a ordenaros que no olvidéis a los otros cabrones. Se han estado alimentando de nuestro pueblo, aquí, en este maldito bosque, y tienen que caer como las ratas que son. —El mariscal arqueó una ceja—. ¿Pistas de sus campamentos, Parvic?

Parvic el Escamas quedó enmudecido. El arquero, que tenía la frente cubierta de barro, buscó ayuda en sus compañeros.

—No hemos encontrado nada, Mariscal le Courdier —respondió uno de los arqueros, un sujeto de negra melena larga—. Ni los incursores ni los tramperos han vuelto, ni hemos visto nada desde que encontramos a esa mujer harapienta. La vieja pálida a la que le arrancó el pezón con los dientes y de la que creímos que comía personas, usted sabe.

Rembrandt esbozó una sonrisa. ¿Cómo podía olvidarlo? Uno no paladeaba un pezón sabroso y rosado todos los días por la mañana. Mucho menos lo arrancaba del seno con una mordida ni se bebía la sangre hasta la última gota por puro placer.

El mariscal, por un momento, desvió la vista hacia la carreta con los cadáveres.

«La vieja no estaba contagiada —recordó, escudriñando en su pasado brumoso—. De lo contrario me encontraría ahí abajo, tieso bajo una montaña de veinte o treinta sacos de carne. Pero, ¿por qué? ¿Qué era lo que la hacía tan diferente? La mujer estaba casi desnuda, despatarrada entre el estiércol junto a una masa de cadáveres».

El mariscal recordó que uno de los coraceros, Gillebarth Ojos Grises, se ahorcó de un roble luego de que la mujer le clavó la mirada, pero más tarde habían descubierto que a Gillebarth le habían brotado tumoraciones rojas en el abdomen y en la espalda. El soldado, antes de colgarse, había hablado con algunos reclutas mientras se emborrachaba para darse valor. Les dijo que durante las últimas noches una mujer de ojos perlados lo perseguía.

—Me busca como una sombra que se quiebra en el bosque, no importa a dónde vaya, siempre se encuentra al acecho. Siempre se encuentra al acecho, no lo olvidéis. No lo olvidéis. —También lo había escuchado el mariscal. Pero nada de lo que dijo tenía relación con la antropofagia.

Rembrandt le Courdier olisqueó una peste sórdida bajo la oscuridad. «Aquí hay gato encerrado. Si tan solo el bosque tuviera boca para obligarlo a hablar, lo hubiera amenazado con una antorcha, pero es un puto mudo de mierda».

De manera involuntaria se pasó una mano por la frente y le corrió un sudor helado. Un fuerte dolor en las sienes le hizo ver un halo de luz; las estrellas parecían rielar bajo la tormenta al tiempo que un rayo bramaba en lontananza y el mariscal, casi por instinto, se cubrió el único ojo que tenía. Le parecían demasiadas preguntas sin respuestas, preguntas por las que la naturaleza se ceñía sobre él, condenándolo.

—Necesito un descanso —susurró finalmente, poco antes de ordenarle a los arqueros que volvieran a patrullar por el bosque. Sus hombres se quedaron mirándole, confusos, mientras los aullidos de los lobos penetraban en la noche—. Si encontráis a los antropófagos, disparadles. Pero no los matéis, por lo menos no a todos. Tomad cuantos prisioneros queráis.

—Como ordene, mi mariscal —respondió Parvic el Escamas antes de hacer una reverencia, pero con una voz lánguida, colmada de fatiga.

El arquero, cubierto por una capucha gris y una capa, se adentró en el bosque seguido por los demás tiradores de flechas. El soldado de melena azabache cerró la compañía. Cuando desaparecieron, Rembrandt Un Ojo se quedó por un momento solo en el bosque. Las tropas de dragones, perreros, húsares, arcabuceros y soldados recogedores se dedicaban a sus labores diarias. Mientras tanto, él se introducía una mano en la boca para retirarse ese pedazo de carne que le molestaba tanto. «Lo tengo...», pensó, luego de sacárselo con las uñas.

Rembrandt paladeó la carne de nuevo. Fueron solo unos segundos. Luego la escupió sobre el barro boscoso. Era un pedazo de oreja. Un trozo de lóbulo.



Sin nombre

Por: Néstor Miranda





El universo es tan solo el cuerpo físico de algún tipo de conciencia, como la nuestra, pero a una escala cósmica (¿Dios?).

Revista «Animal Intelectual», enero de 1998, Editorial Platón.

Me encontraba cierto día entre las calles de una gran ciudad. Sentía una agobiante necesidad de hacer del cuerpo, aquello que la biología exige. Entré a un bar cercano. Me abrí paso casi atropellando la puerta. El recinto me recibió con un fuerte olor a whisky y a tabaco mil veces exhalado.

Antes de que yo lo pidiera, como adivinando mi urgencia, el cantinero señaló con el dedo hacia el fondo a la derecha. Fui allá, pero la puerta estaba cerrada. Pedí a aquel buen hombre que me prestara la llave. Tan solo me contestó: «La llave está en tu corazón».

«¡Cretino!», pensé.

Me acerqué de nuevo a la puerta, golpeándolo mediante empujones y sacudidas frenéticas. En mi desesperación, tomé la llave de mi casa del bolsillo izquierdo de la camisa. La inserté en aquella puerta malparida. Se abrió como por arte de magia.

Era un sucio cuarto de baño. Las tuberías lucían viejas, oxidadas. Los azulejos, quebrados y mohosos. Había una pintura en la pared, casi diluida, difusa; era de un hombre con las manos extendidas, hincado en el suelo y con el pecho sangrante. Un retrete solitario y rebosante de porquería. Lo miré y jalé la cadena. Comencé a observar el agua que giraba en sentido contrario a las agujas del reloj, produciéndome un efecto casi hipnótico. Mis ojos se quedaron clavados; me diluía girando dentro de ese torbellino líquido. La materia de mi cuerpo se convirtió en pequeñas partículas líquidas, moviéndose desde las aguas del retrete a las tuberías que llegaban hasta un mar luminoso. Un océano de luces y formas.

Escuchaba voces que cantaban y danzaban. Me fundí entonces en el océano. Contemplé la eternidad en el no tiempo. Fui todas las cosas en la nada absoluta. Fui un pajarillo posado en una rama; fui una colosal montaña que le suspiraba a los siglos; fui un demonio que torturaba almas atormentadas; también obré como un ser de luz, misionero del amor; fui el caos y el orden perfecto; fui un pastor de ovejas en los Andes; fui un ente energético que hacía el amor a través de un chispazo; fui una estrella de la Osa Mayor; contemplé el cielo desde un planeta de las Pléyades; volé con alas fugaces de colibrí; fui un dulce mándala formado en el corazón de un girasol, originado en el fotón de un pensamiento y la corriente eléctrica de una neurona. Fui esto, fui aquello, fui todo y nada. O quizá ni fui ni soy ni seré; quizá tan solo estoy, justo ahora, leyendo una historia sin nombre.



Lazarus

Por: Antonio Sancho





Encontró a los hijos de puta en un camino perdido de la sierra, flanqueado por troncos dormidos, cerca de un pueblo llamado Ardido. Arrastraban un par de vacas y un carromato cargado de baúles, candelabros, cestas llenas de cubiertos y hasta un reloj de pared que soltaba campanadas en el aire vacío del bosque, impávido, como si la vida no se hubiese roto en mil pedazos. Iba también en el carro, arrojada al montón como un trasto más, una chica joven, más joven de lo que él había sido al morir. Una lágrima lenta, voluminosa como si todo el agua de su cuerpo maltratado se hubiese concentrado en ella, describió una tierna curva en la mejilla de la muchacha. Lázaro 101 sintió un abismo retorciéndose en su estómago. La dignidad que transmitían aquellos ojos enrojecidos habría sido imposible de describir.

* * *

Lázaro, oculto en la arboleda, levantó su brazo de hierro y apuntó con él al hijo de puta de la barba rubia que iba en cabeza, a caballo. Apuntó a la maldita boina roja con borlón amarillo que en breves se iba a fundir con los sesos de su dueño. Los dedos de su mano se plegaron liberando una bocanada de vapor y del interior del puño mutilado surgió una fila de cañones dispuesta en círculo. 101 tenía los ojos cerrados, como siempre, pero nada escapaba a su vista. «Dispara», pensó. Nada. «Dispara», pensó de nuevo, apremiante. Los cañones de su *gatling* automática permanecieron silenciosos. Intentó correr hacia la partida carlista que ya se perdía entre los troncos desnudos, pero su cuerpo no le obedeció, se quedó clavado en el suelo como una estatua de bronce extraviada. Lo asimiló con la resignación de quien acepta una condena. En algún punto indeterminado del ramaje, un pájaro se atrevió a cantar. Muchos otros siguieron su ejemplo.

Pasaron dos días hasta que unos soldados republicanos pasaron por allí y lo encontraron, todavía en la misma postura de disparo nunca consumado, cubierto por una película de escarcha, el combustible de su motor de hulla casi agotado. Los soldados lo cargaron en un carromato tirado por un buey, lo taparon con una lona y lo llevaron de vuelta a Madrid. Fue un camino largo, tedioso y accidentado, lleno de peligros. Para Lázaro 101 transcurrió en la más absoluta oscuridad, y la oscuridad era para él una tortura, porque le obligaba a pensar. Las calles vacías y su casa, su vieja casa, de cuando había estado vivo. Todas las habitaciones revueltas y nadie en la casa. Carmen desaparecida y una mancha oscura en las sábanas de la cama. Cuando la gente empieza a volver del monte, Manuel, el de la taberna, le dice que vio cómo los de la partida carlista se llevaban a Carmen. Uno montado a caballo, con una barba rubia. Ese se había llevado a Carmen. Le recorrió como una culebra la sensación del recuerdo, o el recuerdo de la sensación. El vacío, la agitación lacerante. Por fin oyó bombas en la lejanía. Ya llegaban a Madrid.

Le quitaron la lona de encima en el subterráneo, bajo el palacio de Buenavista, en uno de los muchos niveles ocultos bajo tierra. Todavía no podía moverse. El sótano retumbaba con cada proyectil que caía sobre la ciudad, y con cada impacto las luces amarillentas parpadeaban en el laboratorio del doctor Marcial. El doctor se paseaba entre las enormes tuberías de bronce, los pedazos de cuerpos-Lázaro que colgaban del techo, los trozos de maquinaria y los tubos elásticos desparramados por el suelo. En alguna esquina recóndita goteaba ruidosamente una tubería.

—¿Qué hacías en la sierra, 101?

Estaba tumbado sobre una gran mesa de operaciones. No había dicho una palabra en todo el trayecto a la ciudad. Por fin probó a hablar, por si había olvidado cómo se hacía. Al principio le costó, su cuerpo se le seguía resistiendo. Su voz crujió con un eco artificial.

—*Bus... buscaba a los que sa-saquearon mi pueblo. Los encontré, eran ellos. Eran ellos.*

Marcial se acercó a él. Sujetaba un cigarro habano entre sus labios arrugados, secos.
—Vaya, debió costarte encontrarlos.

101 no dijo nada.

—¿Sabes lo que pasa, 101? Que, mientras tú andabas dando paseos por el campo, tus compañeros han estado luchando en Vicálvaro, intentando evitar que los absolutistas entren en la capital de la puta república. —El doctor dio un manotazo en la mesa. Cerró los ojos—. Ya te informamos de las condiciones del proyecto Lázaro cuando te despertamos. Un cuerpo nuevo para contener al viejo, y la oportunidad de seguir matando carlistas. Pero tienes que hacer lo que se te dice. Sigues formando parte del ejército. Si no obedeces te quedas fuera. ¿Entiendes?

Marcial dejó escapar de su boca un banco de niebla. Acercó la cara al tanque metálico de líquido en el que flotaba el viejo cuerpo de Lázaro 101, atravesado por decenas de cables que lo recorrían como venas.

—Te tengo simpatía, 101. No sé por qué ni para qué. Pero si das problemas te desconectaré, y vuelta a la oscuridad. Necesitamos soldados, nada más.

—*No puedo moverme.*

—¿Por qué, qué has hecho?

—*Nada. Iba a disparar a los cabrones de la partida y... me congelé.*

El humo ocultó la cara del doctor Marcial.

Revisaron cada engranaje, cada juntura, tubo, transmisión. Le abrieron los brazos, las piernas, el motor de vapor acoplado a su espalda. Limpiaron las tres chimeneas de bronce que salían de él y lo rodeaban de una humareda blanquecina, justo como el habano de Marcial. El doctor también parecía funcionar a vapor; cada cigarro que fumaba era un chute de combustible que lo mantenía con vida. Este pensamiento hizo sonreír a 101, aunque los músculos mudos de su boca eran ya incapaces de expresar esa sonrisa ideal, atrapada en el mundo de la posibilidad. Y aun así sonrió.

Pasaron las horas, cambiaron sus placas externas, melladas y llenas de impactos de bala. El entrecejo cano del doctor se arrugaba cada vez más a medida que pasaba el tiempo, replegándose sobre sí mismo como si un pensamiento magnético arrastrase su piel hacia el interior del cráneo, formando un vórtice. Uno de los ayudantes de Marcial habló de espaldas a 101.

—¿Sucede algo, doctor?

—No pasa nada, joder. Nada de nada. Ese es el problema. —Marcial acercó su cigarro extinto a la llama azul de un mechero Bunsen. Dio un par de caladas.

—¿Qué quiere que hagamos?

—Nada. Espera. —Marcial se dirigió a 101, medio desmontado sobre la mesa de operaciones—. 101, prueba a moverte ahora.

—¿*Qué tengo que hacer?*

—Cualquier cosa. Levanta el brazo.

—¿*Cuál de ellos?*

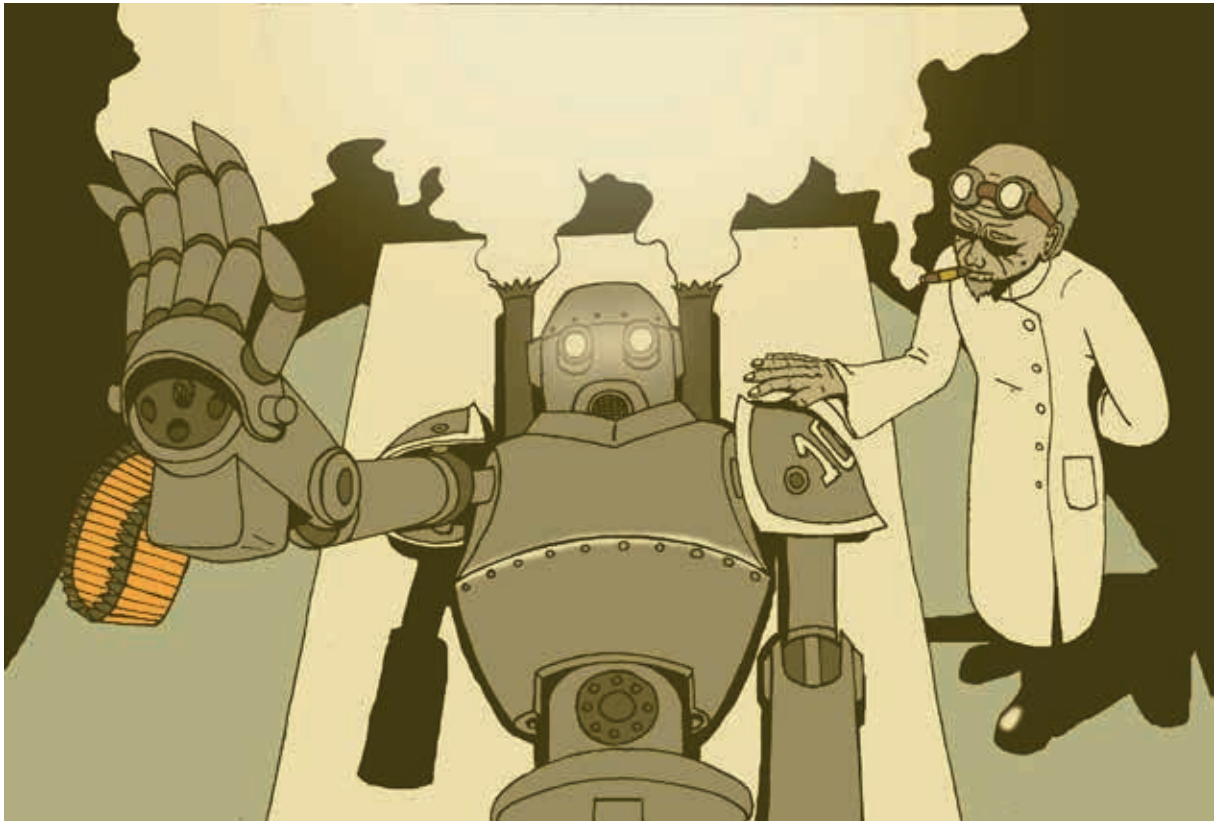
—El derecho, mierda. Déjate de juegos.

101 pensó en su brazo, sintió que inundaba ese brazo que no era, al menos en el sentido físico, parte de él. «Arriba», pensó, «arriba, arriba», y el pesado brazo de metal y cableado de caucho saltó de la mesa con la fuerza de una locomotora. Marcial frunció todavía más el ceño. El ayudante del laboratorio sonrió con alivio.

—¿Está listo entonces? El general está esperando arriba, dice que necesita todas las unidades Lázaro para el ataque. ¿Qué le digo?

El doctor no contestó. 101 empezó a pensar que no le convenía seguir allí cuando el doctor llegase al final de su razonamiento.

—*Doctor Marcial, si me permite, ardo en deseos de volver a entrar en combate.*



El doctor salió de su ensimismamiento. Destensó la piel de su frente y se sacó el cigarrillo de la boca.

—Claro que sí, 101. Así se habla. Ve arriba, y espero no tener que volver a verte en mucho tiempo, amigo mío.

Dio unas palmaditas reticentes en el hombro descomunal de Lázaro. Si hubiese sido capaz, 101 habría notado un inquietante cosquilleo recorrerle la nuca.

Madrid sufría asedio desde hacía meses. El pretendiente Carlos VII, que había entrado en España en 1872 dando lugar a un nuevo alzamiento carlista, controlaba el país al este y nordeste: Cataluña, el Levante, Navarra, el País Vasco. Todavía llegaban suministros a la capital por el sur, de Andalucía, y por el oeste, desde Castilla y Galicia. El gobierno de Portugal no sentía simpatías ni por la República ni por los carlistas, así que no prestaba su ayuda a ninguno. Lo mismo ocurría con la mayoría de potencias europeas, aunque unos y otros vendían, discretamente, armas y municiones al bando de su interés. En los días que 101 llevaba perdido una nutrida columna carlista, con artillería y cañones *gatling*, había atravesado Somosierra y tomado Collado Villalba y el paso de Guadarrama, cortando la comunicación con Segovia, Ávila, Salamanca...

El ejército republicano se había retirado a Torrelodones, dejando atrás sus ánimos y muchos muertos. El general Ramón Blanco, que estaba a cargo de la defensa de Madrid, y el mismo presidente Salmerón, que se había negado a salir de la capital, habían requerido al batallón Lázaro para liberar Guadarrama de inmediato. A los Lázaro se los mandaba cuando la situación era desesperada, cuando nadie más que un muerto podía tener esperanzas de sobrevivir. La primera vez que se les puso en servicio los demás soldados los miraron con desconfianza, incluso hostilidad. «Dan mal fario», decían, «es poco cristiano tener a los difuntos de esa manera». Pero empezaron a ganar fama de invencibles y acabaron transformados en el símbolo de la defensa de Madrid. En los periódicos se publicaban ilustraciones de unidades Lázaro combatiendo entre ruinas, rodeados de banderas y seguidos de huestes embravecidas. «Nuestros muertos acabarán con Carlos VII», soltaba alguien, y todo el mundo asentía con orgullo.

101 se unió a una columna de rezagados que iba a Torrelodones, donde se preparaba el contraataque. El pueblo estaba lleno de uniformes azules envueltos en sayos gastados, mantas

de lana y trapos. El invierno estaba reciente y sobre el pueblo caía una aguanieve cortante, arrastrada por un viento fuerte. Las cumbres, a lo lejos, se veían cubiertas de blanco. Cuando los Lázaros aparecieron en las calles del pueblo, con sus motores crepitando y escupiendo una inmensa humareda, los soldados y lugareños los vitorearon. «¡Viva la República!», gritaban, y consignas por el estilo. Los oficiales se mostraron menos efusivos.

101 se fijó en el aspecto demacrado de los soldados. Sucios, ateridos, formando corrillos en las calles. Estaban acabados, consumidos como cirios de iglesia. Y todavía les quedaban fuerzas para gritar vivas. Los heridos estaban amontonados en la plaza, entre el ayuntamiento y la iglesia. Los había sin brazos, sin la mano izquierda, la derecha, tres dedos, uno, el pulgar, sin piernas, sin cara... Cualquier despiece, cualquier fragmentación grotesca del cuerpo humano, estaba allí expuesto. 101 se quedó mirando a un chico apoyado en una pared. Le habían arrancado toda la mandíbula inferior y su lengua colgaba desamparada como la de un perro. Entre los heridos iban y venían los tecnomédicos, cargando enormes cajas de prótesis mecánicas con las que sustituir los miembros y órganos perdidos. La guerra iba a dejar una generación entera de hombres mecánicos. Lázaros 101 giró su cabeza metálica hacia las montañas. En la sierra retumbaban explosiones. Un par de dirigibles republicanos pendían sobre el pueblo como planetas extraviados, camino de Guadarrama.

Un oficial con la cara cubierta de hollín, con patillas muy negras y bigote retorcido en espiral, atravesó la plaza gritando a lomos de su caballo. «¡Los Lázaros, conmigo! ¡Conmigo!». 101 se puso en marcha con grandes zancadas chirriantes. Su cuerpo estaba equipado con visores de ampliación, conectados directamente a su cerebro, que le permitían ver el mundo en un fantasmagórico tono verde, y receptores para el sonido que casi nunca funcionaban bien, por lo que escuchaba todo entre zumbidos. Pero no contaba con ningún aparato que hiciese las veces de nariz. Los olores habían desaparecido de su mundo de artificio. Aun así pudo notar, a través del recuerdo, el olor del pelo sudoroso del caballo, del largo chorro de meado que dejó salir en un momento de descanso, justo a la salida del pueblo. En una colina triste humeaba una antigua torre vigía.

101 sabía perfectamente cómo olían los caballos y sus excrecencias. Lo tenía tan interiorizado que su mente era capaz de reproducir ese aroma para él, de asignárselo a la imagen inodora que tenía delante. La columna volvió a ponerse en marcha. Junto a 101 se bamboleaba otro gigante de hierro y humo, dejando sus largos brazos zarandearse adelante y atrás, adelante y atrás. En el hombro, pintado en rojo, tenía un desgastado número 90.

—Eh, 90. ¡90!

Lázaros 90 retorció su forma desproporcionada hasta quedar de cara a 101, sin dejar de caminar.

—101. Dime.

—¿Cómo han ido las cosas mientras he estado fuera?

—El cielo ha estado siempre negro. Y la ciudad se ha podrido hasta quedar reducida a un esqueleto humeante. Escombros y muerte. Mucha muerte.

—Eres un poeta, 90. Me caes bien.

—Soy 90.

Continuaron caminando en silencio durante un rato. Se escucharon más explosiones en los montes, todavía algo lejanas. Cada vez menos.

—He estado algo preocupado, 90. Algo pasa conmigo. Pienso mucho en mi vida anterior, sabes... Intento no hacerlo, pero me invade, me domina. Las imágenes, las situaciones, me asaltan. ¿Alguna vez te pasa algo parecido?

90 no respondió. Al cabo vieron aparecer frente a ellos una hilera de muros agujereados, casas sin techo, humeantes. El oficial les ordenó formar la línea para el asalto. Se oyó un timbrazo. La unidad-comunicador se aproximó al hombre y le tendió el auricular del *telecom* que llevaba adherido a su chapa frontal. El oficial escuchó atentamente, relajó su gesto.

—Muchachos, los cerdos carlistas se han retirado de Villalba. Se están atrincherando en el Alto del León. ¡Saben que venimos, muchachos! ¡Que sepan que ya estamos aquí!

Un rugido metálico recorrió la línea, un grito de ira inhumana, de ansia técnica y llameante. Los motores hirvieron y blasfemaron, quemando carbón a su máxima potencia. El humo de las tres mil chimeneas del batallón Lázaro se volvió negro. 101 lo sintió, sintió la fiebre devorándolo. El deseo de muerte.

Avanzaron con un estrépito acompasado, lento como el ritmo de una marcha fúnebre. El oficial desenvainó su sable. El terreno se volvía escarpado, angosto. Dejaron atrás las casas arruinadas de Collado Villalba y avanzaron por un prado inclinado, lleno de humo y surcos de ceniza. Las explosiones se oían ahora muy cerca, los proyectiles caían entre ellos, justo atrás, justo delante. 101 miró a su alrededor. La larga hilera de armaduras móviles se estrechaba, los árboles crecían cada vez más numerosos a ambos lados, pasaban ahora entre elevaciones escarpadas, en derredor crecían las cumbres nevadas. Ya no caminaban, ahora corrían, corrían como ningún humano podría hacerlo. A su lado galopaba el caballo del oficial, que ya empezaba a quedarse atrás. De pronto estalló un muro de fogonazos en la elevación frente a ellos, en los riscos de los flancos. El caballo del oficial se retorció en un espasmo y quedó perdido, engullido por la tormenta de cuerpos fríos, indestructibles. 101 lo sintió, la emoción, el poder. Se abandonó a la fuerza de la máquina. Alzó el brazo, crecieron de su mano los cañones *gatling* como flores en la rama de un árbol. Y disparó, esta vez sí, escupió fuego, barrió la elevación con un estruendo atronador.

Los Lázaro saltaron por encima del risco tras el que se parapetaban los carlistas y el universo pareció partirse en un sinfín de piezas disonantes. 90 levantó sobre su cabeza una cuchilla gigantesca que crecía de su brazo derecho. La blandió como una guadaña, haciendo saltar por los aires la cabeza de un soldado carlista. 101 vio cómo un hombrecito con uniforme azul marino y una boina roja descolocada sobre la frente disparaba a su cabeza. No notó el impacto, pero escuchó el silbido de la bala rebotando sobre su armazón de metal, volando al infinito. Apuntó al carlista y disparó. Sus proyectiles atravesaron la carne blanda hasta que no quedaron de ella más que jirones de piel y músculo adheridos a unos parches de tela chamuscada. A su lado, otro Lázaro agarró a un carlista que intentaba cortar el cableado de sus piernas con la bayoneta. Lo aferró entre sus manos y tiró de sus miembros hasta partirlo en dos mitades. Arrojó la parte superior por encima de la primera línea de trincheras carlistas, salpicando a sus ocupantes de tripas y sangre.

Una llamarada repentina envolvió a 90. Un cañonazo le había dado de lleno; su motor explotó, esparciendo tornillos, engranajes y miembros metálicos por todo el campo. 101 saltó al interior de la trinchera. Disparó a lo largo del angosto pasillo de tierra, haciendo caer a un grupo de soldados como si fuesen muñecos. Pasó por encima de sus cuerpos, desparramando sus entrañas por el suelo.

El mundo se convirtió en un torbellino. 101 dejó de escuchar a través de uno de sus receptores, que debía haber reventado. Un Lázaro pintado por completo de rojo y dorado saltó a la trinchera justo delante de él, con una sierra mecánica que rechinaba en su brazo izquierdo. Avanzó por la trinchera como una trituradora de carne. 101, que caminaba justo tras él, solo podía ver la sangre salpicando por encima de su cabeza como el borboteo de una fuente en un día de fiesta. El cuerpo de su compañero se volvía cada vez más rojo, hasta cubrir por completo las partes pintadas de amarillo.

Llegaron a una bifurcación en la trinchera y 101 se separó de su compañero. Se encontró solo. Se detuvo a escuchar los gritos, los gritos que llenaban cada rincón del paisaje, cada arruga pétrea de las montañas. En algún lugar murió la ráfaga ávida de un *machinegun*. Los carlistas ya debían estar empezando a huir. Tomó impulso y saltó por encima de la trinchera. Cayó sobre un terraplén de tierra. A sus pies se amontonaban cadáveres más o menos desfigurados, triturados. Más allá quedaba todavía una hilera de trincheras, que los Lázaro ya empezaban a invadir. Un grupo de carlistas todavía se mantenía en un reducto de troncos. El



disparo afortunado de uno de ellos fue a dar en una parte vulnerable del motor de un Lázaros. Del agujero de bala surgió un chorro de vapor ardiente y el Lázaros cayó al suelo. Apenas les duró a los carlistas la alegría. Otro soldado de hierro llegó a la carrera, sosteniendo en alto un pesado cañón de campaña completamente equipado. Lo arrojó al interior del reducto. Se escucharon crujidos, un golpe blando como un chapoteo. Un carlista salió a gatas de entre los troncos, pero el Lázaros del cañón lo agarró por la cabeza y lo ensartó en una bayoneta como una aceituna en un palillo. La batalla ya podía darse por terminada.

101 caminó hacia el reducto, saltó a la trinchera abandonada. Entonces apareció tras una esquina, frente a él. Era el cabrón, seguro. Tenía la cara desencajada por el miedo, empapada en sudor, en suciedad, pero era él. El oficial al que había visto en el camino de la sierra, cerca de Ardido. El mismo hijo de puta que había pasado por su pueblo. El que se había llevado a Carmen.

* * *

Era por la mañana. Hacía un calor espantoso, serrano. El ominoso chasquido de las cigarras llenaba el bosque, los campos. Un pastor había pasado por el pueblo la tarde anterior y les había avisado de unas partidas carlistas que merodeaban por la comarca. Hubo quien no se lo creyó. ¿Tan al sur, tan pronto? Él salió con su caballo a patrullar por el monte de la ermita, a unos kilómetros del pueblo, para vigilar por si aparecían soldados. Se sentó a la sombra de una encina. Durmió, durmió y pasaron por el camino a sus pies los caballos y los soldados, haciendo ruido, alborotando, pero él no despertó. Al volver ya era tarde y Manuel, el de la taberna, se lo dijo. Un soldado con la barba rubia se llevó a Carmen. Y allí estaba el hijo de puta, con la barba rubia. El mismo que había visto en el camino de Ardido.

* * *

101 apuntó su arma. El carlista se dejó caer contra la pared terrosa de la trinchera, sabiéndose muerto. Cerró los ojos, pero al cabo los abrió, miró a 101. No había disparado nada. Lázaro 101 se había quedado congelado. El carlista salió corriendo, incapaz de pensar en suficientes santos a los que agradecer su fortuna. 101 gritaba, hervía en el infierno del pensamiento, mientras su cuerpo muerto permanecía inmóvil y silencioso en el interior de la máquina, flotando en paz.

Los sonidos de la batalla se fueron alejando, nadie volvió a pasar por la trinchera. Un dirigible flotó por encima de él, empujado en el aire por el ronroneo suave de sus hélices. Dejó caer unas bombas en algún punto del horizonte, creando violentos amaneceres en miniatura. El día empezó a oscurecerse, las montañas adquirieron un tono frío. Un gorrión se acercó a la trinchera, ladeó su cabecita, agitó sus huesos huecos. 101 se sorprendió de que todavía existiesen seres frágiles en el mundo. El pájaro se introdujo en la trinchera dando unos cuantos saltitos, se aupó en uno de los pies mastodónticos de 101, lo picoteó. Y los minutos fueron disolviéndose como sumergidos en ácido. La sombra lo ocupó todo, el cielo se llenó de estrellas, cientos, miles. No se veía una sola luz en el paso ni en las montañas. No se escuchaba nada.

101 se resignó a quedar allí abandonado un par de días, al menos. Entonces aparecieron, entre los troncos de una arboleda, dos esferas verdes. Danzaron entre el ramaje, se aproximaron a la trinchera. 101 no tenía ni idea de qué podían ser, pero le recordaron viejas historias de espíritus y fuegos fatuos que había escuchado en su infancia. Por fin las esferas quedaron suspendidas justo encima de él, en lo alto de un terraplén, sujetas a una cabeza. Eran visores nocturnos. Una silueta bajó el terraplén. Gracias a la luz fantasmagórica de los visores, 101 pudo ver que se trataba de una mujer, vestida con una gabardina de cuero y botas militares. Dio una vuelta alrededor de él sin decir una palabra. Se detuvo frente a su hombro derecho, acarició la superficie de metal. La mujer se acercó a la boca un *telecom* portátil.

—Lo he encontrado, señor. En la segunda línea de trincheras.

101 se esforzó en hablar.

—¿Quién... quién... quién eres?

La mujer no respondió. Sacó una pistola de debajo de la gabardina y se sentó en el suelo frente a él. Le apuntó.

—Esto no me serviría de nada contigo, ¿verdad, gigantón?

—*Lo dudo.*

Un nuevo par de círculos verdes apareció en el terraplén.

—Vaya, 101, por fin te encontramos. Esto no es nada bueno. No. Nada bueno.

—¿*Doctor Marcial?*

El doctor se encendió un cigarro. El humo se coloreó de verde como una neblina de ultratumba.

—Muchas gracias, Sara. Ya pensaba que íbamos a tener que volver aquí mañana. —El doctor se volvió hacia 101—. Verás, 101, he estado pensando en ti. Se me ocurrió algo cuando estabas en el laboratorio, algo muy interesante. Tu cuerpo Lázaro funciona perfectamente, no tiene ningún defecto, y sin embargo aquí estás, inmovilizado. Prueba a dispararle, Sara.

La mujer apretó el gatillo. La bala rebotó inofensiva contra la cabeza blindada de 101.

—¿No te defiendes, 101? Quítale la pistola a Sara, vamos. Pero no le hagas daño. ¿No? ¿No puedes? Justo lo que imaginaba. —El doctor dio otra calada a su cigarro, larga, profunda—. Estuve pensando, es algo que ya me había rondado la cabeza, cuando diseñaba los primeros prototipos de armaduras Lázaro. La máquina es infalible, la máquina es una servidora cien por cien fiel... Pero ¿qué pasa con el humano que contiene? ¿Acaso no es una mente falible, no podría traicionarnos? Poner una mente humana, impredecible, a cargo de

un arma imparable. Es un riesgo atroz, pero los militares me metían prisa, necesitaban algo para frenar a los carlistas o Madrid iba a caer. No pude seguir perfeccionando mi creación, y todo pareció ir bien... Las mentes de los resucitados se amoldan al artefacto, 101, acaban convertidas en algo parecido a máquinas, ellas mismas. Olvidan su pasado, se hacen dóciles, pero tú... Tú te escabulles para buscar esa partida fantasma, para perseguir tus obsesiones... ¡Esos carlistas que se llevaron a tu mujer no están por ningún lado, 101, despierta! Ni siquiera los viste. Alguien te dijo que el que los mandaba tenía la barba rubia... ¿Y vas a matar a todos los rubios de España, grandísimo imbécil? Estás obsesionado, estás... traumatizado. Eres una mente falible, y ese es el problema. Tú, 101, eres el fallo de este cuerpo maravilloso, perfecto. Eres tú el que lo paraliza. Pero no todo está mal... Ahora tengo la prueba que necesito para que los militares me dejen seguir investigando. Para crear una mente perfecta para el cuerpo perfecto. Obediente, imparable. Inhumana. Eso es lo que necesitamos.

101 era un hervidero de ideas fugaces, de pensamientos dolorosos. Se atrevió a preguntar:

—¿Qué va a hacer conmigo, doctor?

—No nos sirves para nada, 101. Vuelves a la oscuridad.

«No, la oscuridad no, no». Lázaro 101 sintió la quemazón helada del pánico por primera vez desde que le habían metido en aquel cuerpo a prueba de balas. «Muévete», pensó. Era inútil, sus miembros no le respondían.

—No te esfuerces, 101. Un par de compañeros tuyos vienen para acá. Nos van a ayudar a trasladarte a Madrid de nuevo.

Lázaro miró en todas direcciones: solo se veía sombra, sombra y el fulgor verde de los visores nocturnos, la brasa del cigarro entre los labios del doctor Marcial. «Muévete, muévete». Un gorrión cantó, invisible, en algún rincón de la noche. Y 101 consiguió mover uno de sus dedos. Apretó su puño de hierro. Marcial y la mujer no parecían haberse dado cuenta. Sara bostezó, cerró los ojos. Entonces Lázaro se abalanzó sobre ella. Lanzó su puño hacia delante, pero Sara rodó por el suelo, esquivando el golpe. Disparó contra 101, tratando de darle a su motor. Lázaro saltó por encima del terraplén. El doctor Marcial había echado a correr, la luz verde de sus visores se bamboleaba en dirección a la arboleda. Una bala impactó contra la espalda de Lázaro, quien se dio la vuelta y disparó una ráfaga contra Sara, que corrió hasta los restos de un reducto apenas un centímetro por delante de las balas que crepitaban contra el suelo de la trinchera. El doctor había desaparecido entre los troncos muertos. Unos pasos retumbaron contra el suelo, aproximándose, sumados al rechinar de las articulaciones mecánicas, a los suspiros de los motores de vapor. Se acercaban varios Lázaro.

101 disparó a la oscuridad, en dirección hacia donde llegaba el ruido. Le contestaron más disparos, llamaradas que rompían por un instante la oscuridad del monte. 101 volvió a disparar mientras echaba a correr hacia el norte por los caminos que había conocido cuando estaba vivo. De vuelta a casa.

Se organizaron batidas por la sierra durante días, patrullas de armaduras Lázaro recorrieron los pueblos y las aldeas más remotas. Nadie había visto nada, nadie sabía nada. 101 se había volatilizado. Con el paso de las semanas el desertor acabó olvidado por los altos mandos del ejército, perdido en el caos de la guerra. Se tachó su nombre de las listas de soldados en activo.

Transcurrió casi un año hasta que Sara llegó al monasterio, una construcción miserable de cal y ladrillo en un islote en el centro de las salinas. Rodeado de cañaverales, un muro blanco cruzaba la isla. En su interior se alzaban un par de edificios: la capilla, cuya espadaña sobresalía por encima del muro, y una casona alta con ventanas enrejadas y cubierta de manchas de humedad. La llamada de las campanas hacía vibrar el agua de la marisma.

Un pato voló más allá de las cañas y bambúes. Sara apuntó al cuello pardo a través de la mira de su rifle de asalto, luego disparó. El ave cayó en el agua con un chapoteo. Sara

dejó el rifle en el fondo de la barca, recogió la pala de madera y siguió remando en dirección al monasterio.

La mujer llamó al portalón del muro. Le abrió un hombre hundido bajo un hábito blanco.

—Vengo a ver al hermano Lázaro. Envié aviso hace unas semanas.

El monje le abrió paso al interior del recinto. Una palmera crecía junto a la puerta de la capilla.

—La mayoría de los hermanos ha decidido encerrarse en sus habitaciones hasta que usted se haya marchado.

Sara no contestó. Rodearon la casona hasta llegar a un pequeño huerto. Un monje de tres metros, cubierto por un enorme hábito blanco del que sobresalían unas chimeneas humeantes, araba un bancal con un azadón hecho a medida. Sara se agachó y tomó un poco de tierra entre sus manos.

—¿Qué estás plantando, 101?

El gigantesco monje se giró, rechinando; estaba un poco oxidado. Apoyó la azada en el suelo.

—*Tomates. ¿Le gustaría probar alguno?*

—Claro, por qué no.

Sara se acercó a Lázaro, que había arrancado con suavidad aritmética el fruto de una tomatera que crecía delgada y frágil en un rincón del huerto. Lo tomó del fondo de la enorme mano metálica, lo mordió sin más miramientos. Y el jugo dulce del tomate goteó por las comisuras de sus labios, como sangre del rojo corazón de la tierra.



muro de Honor de los colaboradores

aquí yacen las firmas y nombres de las personas que hacen posible
que nuestro trabajo continúe a través de su aporte económico



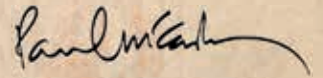
Jovi Huerto Vizcarra



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú



Este puedes ser tú